

CAPÍTULO CUARTO EL SITIO DE QUERÉTARO

I. Operaciones militares	283
II. El sitio de Querétaro	305
III. Proclama del general Mariano Escobedo a sus soldados ..	312
IV. El Querétaro de Hans	315
V. Versión de Emilio Ollivier sobre la conducta de Miguel López	319
VI. Versión del doctor Samuel Basch	320
VII. Informe del general de división Mariano Escobedo, dirigi- do al presidente de la República el 8 de julio de 1887	331
VIII. La princesa de Salm-Salm	342
IX. Rectificación de las conclusiones de Luis Pérez Verdía ...	343
X. Criterio de José María Vigil	345
XI. Versión original del propio Miguel López	347
XII. La razón que impidió a Leonardo Márquez regresar a Querétaro	353

CAPÍTULO CUARTO EL SITIO DE QUERÉTARO

Le Mexique c'est sauvé par un prince et par un homme. Le prince, c'est la république; l'homme, c'est vous. (México se ha salvado por un principio y por un hombre. El principio es la República; el hombre es usted).*

I. OPERACIONES MILITARES

Las últimas tentativas estratégicas de la política que Maximiliano pretendió poner en práctica eran sobornos y traiciones. De ahí que casi simultáneas a su partida hacia Querétaro, los registros históricos dan cuenta de que envió como emisario a un francés de apellido Burnouf, que según el relato del general Porfirio Díaz —entonces jefe de la Línea de Oriente— se le presentó en Acatlán como enviado especial, para proponerle el mando de las fuerzas que tenía reconcentradas en Puebla y México; ofreciéndole que Márquez, Lares y demás socios, serían despojados de los poderes que les había confiado y que él mismo saldría próximamente del país para dejar la situación en manos del partido republicano.

Justo Sierra afirma que tal negociación entrañaba una traición al Partido Conservador. Por su parte, el general Díaz rechazó tal propuesta y repudió la posibilidad de entrar en tratos con el archiduque, ya que como jefe de un cuerpo de ejército, estaba impedido para escuchar propuestas de arreglo político; ordenando publicar tal propuesta en el periódico *The Herald* de Nueva York.²⁶⁸

Por cuanto a la respuesta que Lares formuló, Justo Sierra considera que no era carente de juicio, pues recomendaba al archiduque concentrar de

* Mensaje de 20 de junio de 1967 por Víctor Hugo al presidente de la República Mexicana. *Actes et paroles II. Pendant l'exil. 1867*. III. L'empereur Maximilien. <http://www.ac-rouen.fr/pedagogie/equipes/lettres/dernier/mexique.htm>

²⁶⁸ Sierra, Justo, *op. cit.*, nota 117, p. 412.

nueve a diez mil hombres en Querétaro, que era una ciudad en la que el archiduque podría encontrar numerosos partidarios, lo que evitaría a la capital de la República padecer las angustias y penosas calamidades que impondría la existencia de un sitio y los horrores de un asalto.

En esas circunstancias se optó por tal alternativa y Maximiliano salió rumbo a tal ciudad que era su tumba, acompañado del ministro de Gobernación Manuel Aguirre; de Leonardo Márquez, en calidad de jefe de estado mayor; del coronel Miguel López, como jefe de la columna y a quien, como veremos, se le atribuyeron hechos que tuvieron dimensiones de gran significación. También eran parte de la comitiva en calidad de ayudantes Pedro J. Ormachea y Agustín Pradillo; su médico de confianza Samuel Basch, su secretario José Blasio y algunos camaristas. Vidaurri lo alcanzó ya tarde en esa jornada; encargándose al general Tabera el mando del segundo cuerpo del ejército y a O'Horan la comandancia militar de la plaza.²⁶⁹

Tomada consideración de todo lo anterior resultaba lógico apreciar que pudiera iniciarse una campaña vigorosa, que permitiera salir en contra de Corona y derrotarlo. Una vez logrado lo anterior y, con la incorporación de los prisioneros, atacar a Escobedo para también vencerlo. Quien proponía tal estrategia tenía conciencia de las rencillas y competencia que había surgido entre Miramón y Márquez, por lo que decidía que quien debía comandar la acción militar era el propio Maximiliano, al anticiparse y calcular la confrontación de las discordias existentes entre esos dos envidiosos e irreconciliables jefes militares. Esta última acción tenía otra alternativa, consistente en retirarse para unir todas sus fuerzas, tomando las de Puebla y México, a fin de llevar a cabo una acción bélica decisiva en las cercanías de la capital.

La factibilidad del plan de Lares dependía —según Sierra— de que primero se combatiere y luego negociase; pero que no era factible pensar en la diplomacia, mientras se ejecutaban acciones militares. Ante esas dos alternativas, Maximiliano optó por permanecer en una pasividad militar, hasta que las fuerzas de Escobedo y Corona se habían conjuntado y en esa circunstancia, resultó imposible atacar, lo que determinó que a partir de ese factor, el ejército reunido en Querétaro concentrara su acción en la estricta defensiva.²⁷⁰

²⁶⁹ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, pp. 537 y 538.

²⁷⁰ Sierra, Justo, *op. cit.*, nota 117, p. 413.

Las rencillas que existían entre Miramón y Márquez eran evidentes y, consecuentemente, también eran distantes las propuestas que ellos hacían para romper el sitio que los confinaba en Querétaro. Miramón recomendaba el ataque, para romper las líneas que los circundaban. Márquez prefería la resistencia.

Quien da un vivo testimonio de aquellas discordias es la misma viuda de Miramón, Concepción Lombardo, que al referirse a la derrota que Mariano Escobedo impuso en la Hacienda de San Jacinto a las tropas de Miramón, infundió un notable desánimo en las fuerzas conservadoras, pues al ver frustradas sus esperanzas de que dicho jefe militar salvara la situación en la que se encontraban, se volvieron hacia el general Leonardo Márquez, que como cortesano y astuto, había logrado atraer la simpatía del archiduque austriaco.

Sin quitar el dedo del renglón, la señora Miramón agregaba que Márquez era, además, vengativo y su odio implacable en contra de quienes creía que le hacían daño; poniendo en práctica la venganza como medio para aplacar el rencor que desbordaba su corazón.

Ella señalaba que el odio que Márquez profesaba en contra de su esposo se había originado en 1859, cuando éste era gobernador y comandante general de Guadalajara y luego presidente. Aquél se apoderó de seiscientos mil pesos de una conducta de caudales extranjeros que pasaba por aquella ciudad, rumbo al puerto de San Blas. Al enterarse de ello, indignado Miramón se dirigió a Guadalajara para destituir a Márquez, le hizo devolver los fondos y se lo llevó consigo a la capital para ser juzgado. En ello nació el anhelo de venganza de este último.

El episodio citado, permite a la misma viuda de Miramón referir un episodio que no es muy conocido por los historiadores, surgido cuando el archiduque envía a Márquez como ministro plenipotenciario a Constantinopla, con el propósito de fundar un convento de frailes mexicanos de la orden de San Francisco en Jerusalén.

Al relatar dicho acontecimiento, aprecia que para un general del temple y antecedentes de Márquez, tal misión constituía una burla, que sumía al enviado en un profundo ridículo, ya que cuando el público se enteró de tal misión, la prensa satírica lo puso en caricatura.

Así, el periódico *La Orquesta* lo caricaturizó con hábito de peregrino, entrando en una barca con un báculo en la mano. En la conclusión, quien eso escribía se preguntaba: ¿cómo podía el general Márquez perdonar semejantes ofensas y olvidarlas?, dado que en alguna ocasión en la que dia-

logaba con él, éste frotándose las manos y con una infernal sonrisa le dijo: “Conchita, a mí quien me la hace me la paga”.²⁷¹

Por otra parte, entre las muy diversas operaciones militares que las fuerzas armadas de los intervencionistas realizaban, se tenían noticias del repliegue que llevaron a cabo en diciembre de 1866, como la última tentativa de los soldados franceses y de los imperialistas que los asistían, al dirigirse a la ciudad de San Luis, en la que buscaron amparo. Sin embargo, resultó insostenible la defensa que intentaba la guarnición de dicha plaza, comandada por el general Tomás Mejía y, muy pocos días después de dicho acontecimiento, se vieron obligados a iniciar su retirada definitiva, dirigiéndose a Querétaro, confiando en que su esfuerzo —coordinado con su permanencia en la capital de la República y el control de la ciudad de Puebla— les permitiría obtener resultados cuantiosamente favorables para reconquistar toda la República.

Así, Mejía quedó en Querétaro, al mando de las tropas imperialistas, mientras que en la capital, con lo más escogido de los soldados de la usurpación, formaron dos divisiones que se pusieron bajo el mando de Miguel Miramón y de Severo Castillo, destinadas —la primera— a invadir los estados del poniente de la República, y la segunda los del norte.

Miramón se dirigió a Zacatecas con más de dos mil hombres, entre los que se contaban más de trescientos soldados extranjeros y la otra columna amagó San Luis Potosí, colocándose en un punto equidistante de las capitales de Zacatecas y de la de Querétaro, que era la base central de sus operaciones. El relato de esos acontecimientos, que debemos al general Juan de Dios Frías, exalta la inteligencia y previsión del jefe del Ejército del Norte que era el general Mariano Escobedo. De acuerdo con la infor-

²⁷¹ Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias de una primera dama*, México, Grijalbo, 1997, pp. 184 y 185. Véase Bulnes, Francisco, *op. cit.*, nota 4, p. 410, en la que confirma que la victoria obtenida por el general Miramón en la Estancia de las Vacas le permitió dirigirse a Guadalajara y quitarle el mando al general Márquez por haber dispuesto de los \$600,000 de la conducta de caudales confiada a su autoridad, enviándolo a la ciudad de México para ser juzgado. Véase Blanchot, Ch., *op. cit.*, nota 128, en la que se ocupa de comentar que fue Bazaine quien aconsejó a Maximiliano el envío de esos dos personajes muy importantes e influyentes dentro del partido clerical y que, a la vez, en un momento dado podían convertirse en sumamente peligrosos, ya que Márquez era reconocido como un hombre sin escrúpulos y Miramón, a quien se enviaba a Berlín —un país protestante ante el rey de Prusia— había sido presidente. Consecuentemente, tales hombres calificados por su vocación de conspiradores, encontraron una malvada decisión que los alejaba del país, t. II, pp. 236 y 237.

mación que sobre él proporciona Sóstenes Rocha, era un hombre que tenía clara inteligencia, notoriamente pundonoroso, capaz de afrontar todos los peligros y el secreto de sus brillantes victorias lo atribuía al tacto especial que siempre observaba en la elección de sus tenientes y a su gran actividad,²⁷² que en Zacatecas había impuesto una grave y costosa derrota a las fuerzas de Miramón, que con las de Castillo retrocedieron para concentrarse en la capital de Querétaro.²⁷³

A lo anterior debe agregarse que el gobierno de Juárez —al decir de Justo Sierra— en junio de 1866 se había trasladado a Chihuahua y en enero del año siguiente avanzó de Durango a Zacatecas, lo que determinaba que la concentración republicana estaba en marcha. Corona había logrado entrar en Guadalajara el 14 de enero y Escobedo ocupaba San Luis, plaza de la cual Tomás Mejía retrocedió a Querétaro.

Volviendo nuestro interés a las acciones militares que se desarrollaron en Zacatecas y al observar los movimientos de los que en el párrafo precedente damos cuenta, el mismo historiador relata que Miguel Miramón —confiando en lo que él calificaba como torpeza militar de los jefes republicanos— desarrolló un plan estratégico consistente en el amago a San Luis por las fuerzas de Severo del Castillo, mientras él se dirigía a Zacatecas; calculando que Escobedo dividiría sus contingentes y enviaría parte de sus fuerzas para defender San Luis.

Su pronóstico resultó acertado, puesto que Zacatecas fue ocupada sin resistencia alguna, al grado de que tanto el presidente como sus ministros, difícilmente escaparon a caballo, no obstante la persecución que no logró alcanzarlos. Sobre este mismo acontecimiento, Miramón envió el 27 de enero de 1867 el siguiente telegrama, que fue publicado diez días después en el *Diario del Imperio*.

Hoy he atacado y tomado la plaza de Zacatecas. Las fuerzas de Durango y Zacatecas han sido perseguidas tres leguas de la ciudad: artillería, armas, carruajes y prisioneros han quedado en mi poder. Juárez se ha salvado por la velocidad de su carruaje.²⁷⁴

²⁷² Rocha, Sóstenes, *op. cit.*, nota 159, p. 47.

²⁷³ Frías, Juan de Dios, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del Ejército del Norte durante la intervención francesa, Sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Imprenta de Nabor Chávez, a cargo de Joaquín Moreno, 1867, pp. 101-123.

²⁷⁴ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, p. 575. Véase Bulnes, Francisco, *op. cit.*, nota 4, p. 637, en la que afirmaba el verdadero credo de Miramón, expuesto en su

Justo Sierra advierte que la noticia de la toma de Zacatecas otorgó a Maximiliano nuevos bríos, al calcular que era un presagio de que la contienda se aproximaba a su fin. A partir de ese acontecimiento, ordenó a Miramón que hiciera juzgar y condenar a Juárez y a sus ministros Lerdo e Iglesias, de acuerdo con la modificación contenida en la ley de 4 de noviembre de 1866, que transitoriamente mitigaba los rigores de la ley de 3 de octubre de 1865, que ya anteriormente le había ocasionado serios remordimientos.

No obstante esa circunstancia, Justo Sierra califica como estéril la victoria de Miramón, ya que Castillo —por la resistencia de Escobedo— resultó impedido para lograr su objetivo y se vio obligado a retroceder. Ello provocó que Miramón saliera de Zacatecas para auxiliarlo; pero Escobedo, en la memorable acción que tuvo lugar el 1o. de febrero en la Hacienda de San Jacinto, le cerró el paso al adversario —que intentaba la retirada en busca de un lugar estratégico para sostener el combate con una defensiva propicia— atacándolo con decisión y brío por el frente y envolviéndolo en los flancos, al grado de imponerle tremenda derrota, en la que abandonó dinero, trenes, artillería, cien hombres muertos y aproximadamente ochocientos prisioneros, que quedaron en poder de los republicanos.²⁷⁵

El relato de aquellos hechos, concentra su atención en que “entre los prisioneros se encontraban ciento treinta y nueve franceses, de los cuales treinta habían sido heridos en la contienda. Ello les permitió en ese momento seguir viviendo; pero los restantes ciento nueve fueron fusilados por considerárseles filibusteros, puesto que el mariscal Bazaine les había ordenado que volviesen a sus banderas, a fin de ser repatriados junto con el resto del ejército expedicionario; apercibidos que de no hacerlo, serían considerados como desertores y consecuentemente, se les privaría del beneficio de su nacionalidad”.

Este pasaje también se encuentra registrado en la memoria de José María Vigil en la obra de Vicente Riva Palacio, al precisar que la batalla librada en la hacienda de San Jacinto culminó con el fusilamiento de Joaquín Miramón, que era hermano del general Miguel y de los ciento tres france-

Manifiesto de agosto de 1859: “La religión es la patria, y el que no ame la religión es un traidor”. A tal convicción, Melchor Ocampo contestaba: “Mi deber es traicionar a esa Patria falsa, para engrandecer la que amo como expresión de la Justicia, del Derecho y de la Libertad”. El mencionado autor proclamaba tener la Patria de Ocampo.

²⁷⁵ Sierra, Justo, *op. cit.*, nota 117, p. 409. *Ibidem*, pp. 576 y 577.

ses que habían sido ahí hechos prisioneros, lo que confirmó el carácter sangriento que había adquirido aquella guerra, estimulada por odios e imprevisión del partido reaccionario, ya que retirada la intervención, los soldados extranjeros que habían quedado al servicio del archiduque —a quien el autor calificaba como solamente un usurpador a los ojos del gobierno republicano— carecían de bandera y no podían ser considerados sino como bandidos, ya que el mariscal Bazaine había declarado desertores a los franceses que no hubieren querido abandonar las filas del imperio. En los renglones que dicho autor dedica a este asunto, incluye el texto de la orden del fusilamiento expedida por Escobedo, en los siguientes términos:

República Mexicana. Ejército del Norte. General en jefe.

Las armas constitucionales han sido magnánimas hasta la demasía con los extranjeros armados que han venido a hacer la guerra más injusta que se registra en nuestros anales, cuando estos extranjeros han traído una bandera, aunque enemiga, que de alguna manera podía ampararlos en los derechos reconocidos de la guerra; pero cuando esta bandera se ha apartado de la intervención que quiso imponernos, y los que le servían, sin pertenecer ya a ella ni a la nacionalidad mexicana, se han enganchado voluntariamente en el servicio del usurpador para injerirse en nuestras disensiones domésticas, enardecer las pasiones y agitar la guerra civil, cometiendo además depredaciones y ultrajes de que se resiente la humanidad, como lo ha hecho la fuerza de extranjeros que últimamente invadió a la capital del estado de Zacatecas, han perdido el derecho a toda consideración de humanidad, se han convertido en unos bandidos enemigos declarados de la humanidad y del reposo de la sociedad, y se hace indispensable presentar en ellos un ejemplar que los escarmiente debidamente y satisfaga a la vindicta pública de los horrorosos ultrajes que con sus actos han inferido. Por tanto, procederá inmediatamente esa mayoría a pasar por las armas a todos los extranjeros que se hicieron prisioneros con las armas en la mano en la jornada gloriosa del 1o. del corriente, con excepción de los prisioneros heridos, dando cuenta a este cuartel general del cumplimiento de esta orden.

Independencia y libertad. San Jacinto, febrero 3 de 1867. Mariano Escobedo. Ciudadano coronel, Miguel Palacios, mayor general de la 1a. división de este cuerpo de ejército. Presente.²⁷⁶

²⁷⁶ Vigil, *op. cit.*, nota 48, t. X, p. 346.

Culmina este pasaje Justo Sierra, agregando que tal carnicería fue universalmente reprobada, particularmente por los vencedores y, hasta por el jefe encargado de ejecutarla. El daño moral que ese acontecimiento generó fue muy elevado, pues el periódico *The Times*, de la prensa norteamericana, comentó la ejecución ordenada el 3 de febrero por el general Escobedo, calificándola como emanada de “los salvajes de México”. Justo Sierra advierte que el jefe del Ejército del Norte había conferenciado la víspera con el gobierno, lo que le permite comentar que constituyó un hecho que no había sido resultado de una embriaguez de sangre, como la ejecutada por Miramón y Márquez en Tacubaya el 11 de abril de 1859.

En relación con el grave acontecimiento que se había dado en Tacubaya, a este respecto, De Arrangoiz hacía memoria de la Guerra de Reforma y del encuentro de las dos fuerzas enemigas que se realizó en Tacubaya, donde se libró una sangrienta batalla a la que oportunamente llegó Miramón con sus soldados, logrando que las fuerzas republicanas resultaran completamente derrotadas; perdiendo su artillería y obteniendo gran número de muertos, heridos y prisioneros. Al terminar el combate se pasó por las armas a los heridos y prisioneros, por orden de Miramón, incluyendo a dos médicos y algunos paisanos, por lo que Márquez fue duramente censurado.

A este propósito, Justo Sierra hacía notar que desde que se había iniciado la lucha, se procedió consuetudinariamente a fusilar a los jefes que cayeran prisioneros y que los constitucionalistas habían inaugurado tal proceder, por considerar indispensable aplicar el castigo de los que con las armas en la mano, se habían sublevado en contra de la legalidad, agregando que en esas condiciones, el alma de sátrapa que poseía Márquez, fortaleció con su aliento y odio la incontenible inundación de sangre hermana, provocando que el fusilamiento de los médicos adquiriera resonancia nacional.²⁷⁷

Sin embargo, Márquez —en un manifiesto que se publicó en Nueva York un año después— hacía responsable de las ejecuciones a Miramón, que era presidente de la República, publicando el oficio que para ello le había sido dirigido, en el que ordenaba:

En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E. mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de las clases de jefe y sus oficiales, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. Dios y Ley. México, abril 11 de 1859. Miramón.

²⁷⁷ Sierra Justo, *op. cit.*, nota 51, pp. 294 y 295.

Al comentar la orden que antecede, el cronista destaca que en ella no se incluyen a médicos ni a paisanos; destacando que un señor de apellido Jáuregui dijo, en Querétaro en defensa de Miramón que a dicho general le debía la vida, por habérsela salvado por haberlo sacado del poder de Márquez, cuando iba a ser fusilado. A lo anterior agrega que también el propio Miramón, en carta que le había enviado al mismo Jáuregui le decía:

Quiero hablar a usted de Tacubaya; tal vez verá usted una orden mía para fusilar, pero esto era a los oficiales míos, nunca a los médicos y mucho menos a los paisanos. En este momento que me dispongo para comparecer ante Dios hago a usted esta declaración.²⁷⁸

Por su parte, Matías Romero decía que la orden no debía haber sido divulgada. En realidad —comenta Sierra—, el mal no radicaba en la orden, sino en los lamentables hechos, que contrastaban notoriamente con la actitud constantemente generosa con la que había procedido el gobierno de la República, que se había manifestado reiteradamente con generosidad hacia los prisioneros vencidos.

El general Díaz había canjeado los que había capturado en Oaxaca y el mismo Escobedo remitió sanos y salvos los de Santa Isabel, dando con ello testimonio del interés que el gobierno mantenía, para desvirtuar las constantes calumnias que lo calificaban como inhumano.

En la conclusión de esos acontecimientos vertida por Justo Sierra, apreciaba que obviamente no se trató de una decisión improvisada, sino bien meditada, en la que participó mucho del espíritu seco y sistemáticamente duro del secretario de Guerra, general don Ignacio Mejía, a quien calificaba como soldado correcto, sin historia militar de gran relieve, pero admirablemente apto para disciplinar y castigar por todos los medios con que un jefe de armas cuenta para imponerse.

No obstante, culmina tales observaciones afirmando que no volvieron a ser tratados como enemigos de la humanidad, los extranjeros que cayeron en poder de los jefes republicanos. De ahí que el principio teórico de la orden de 3 de febrero quedó suprimido en las prácticas de la guerra, pero el hecho consumado no pudo destruirse y se manifestó constantemente, como causa de amenazas o reproches.²⁷⁹

²⁷⁸ De Arrangoiz, Francisco de Paula, *op. cit.*, nota 188, pp. 432 y 433.

²⁷⁹ Sierra, Justo, *op. cit.*, nota 117, pp. 408-410.

Es de advertirse que los ejércitos republicanos —para impedir que sus enemigos se repusieran— avanzaron coordinadamente hacia Querétaro. Corona arribó a Morelia el 20 de febrero y como jefe de los ejércitos conjuntos de Occidente y del Centro se dirigió hacia aquella plaza, encontrándose con Escobedo en la población de Chamacueros, en la que los dos jefes concertaron la estrategia que pondrían en acción. Para ello, las fuerzas de Corona se movieron el día 8 sobre la ciudad que era su objetivo y el 9 quedó colocada la línea, en la que fueron distribuidas sus tropas divididas en dos cuerpos: el del Norte y el de Occidente, con la participación del constituido como del Centro.²⁸⁰

Consecuentemente, el cuerpo del Ejército del Norte quedó bajo el mando del general Jerónimo Treviño, y estaba integrado por dos divisiones de infantería, sujetas al mando de Sóstenes Rocha y Francisco Arce. Por cuanto al cuerpo del Ejército de Occidente, quedó al mando del propio general Ramón Corona, que estaba integrado con la división de Jalisco, a las órdenes del general Manuel Márquez, la de Sinaloa a las órdenes del general Félix Vega; la de Michoacán, al mando del ameritado jefe Nicolás Régules, y la tercera división del cuerpo del Ejército del Norte al mando del general Silvestre Aranda. Adicionalmente, se integró una división de caballería, que jefaturó el general Amado Guadarrama, y una sección a la que se denominó Legión del Cuartel General, cuyo mando se encomendó en su condición de Cuartel Maestro al general Jesús Díaz de León. Como comandante general de artillería se designó a Francisco Paz.²⁸¹

De acuerdo con los relatos militares existentes, las fuerzas republicanas fueron colocadas frente a Querétaro, en la línea de occidente y sur de la ciudad; distribuyéndose en dos cuerpos de ejército, uno identificado como el del Norte y otro el de Occidente, en el que fue incorporado el del Centro y, para entender los acontecimientos que se desarrollaron con motivo del sitio de Querétaro, no dejamos de considerar el testimonio que aporta el historiador conservador Francisco de Paula de Arrangoiz, quien asevera que para escribir el capítulo correspondiente a tal acontecimiento, había tenido a la vista todo aquel relato que se había publicado en francés; incluyendo el Manifiesto del general Leonardo Márquez, así como su Refutación, en español ambos documentos, que constituyeron,

²⁸⁰ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, pp. 577 y 578.

²⁸¹ *Ibidem*, p. 578.

uno la respuesta que éste formuló a los cargos que se le hicieron y el otro a la acusación que le imputó el general Ramírez Arellano de haber traicionado a Maximiliano.

A la vez, el escritor asevera haber recibido informes verbales y por escrito de testigos presenciales y de otras personas veraces, destacando que —a pesar de las contradicciones en todo lo que había leído— asegura la convicción de haberse aproximado en lo posible a la verdad, sin dejar de comentar que al fatal desenlace que resultó en Querétaro contribuyeron los celos y las rivalidades de varios generales, así como la impericia de Maximiliano en asuntos militares, repitiéndose la eterna historia en la que los celos y competencia entre los jefes militares produjeron siempre grandes males a sus respectivos países.²⁸²

El relato que antecede agrega que el mismo día de la llegada de Maximiliano a Querétaro —19 de febrero de 1867— el general Márquez escribía una carta particular al señor Lares, en la que certificaba los informes que le habían proporcionado al emperador sobre el ejército juarista en el sentido de que estaba integrado por brigadas y divisiones del ejército, que obraba de concierto y obedecía a un centro común, pues consideraba que en estricta verdad: “No eran sino partidas de miserables, de malhechores, que hacían la guerra por cuenta propia, arruinando a los pueblos, sin reconocer a ningún centro y, en general, sin ocuparse mucho de don Benito Juárez”.

El propio historiador comenta que muy equivocado se encontraba quien eso aseveraba, ya que las supuestas partidas miserables de malhechores, rodeaban a Querétaro en número de veinticinco mil hombres a los pocos días. Además, agrega que Querétaro es una ciudad enteramente abierta, lo que le hacía dudar de considerarla como un punto estratégico y se pregunta sobre la razón de haberse trasladado a dicha ciudad, sin llevar los medios para ponerla en estado de defenderse. Como resultaba su costumbre, el general Márquez respondía: “No fui yo sino el emperador, quien dirigió las tropas que le acompañaron de México a Querétaro; y si los elementos que llevó le parecieron a Arellano insuficientes, a Su Majestad le parecieron demasiado abundantes...”.

²⁸² De Arrangoiz, Francisco de Paula, *op. cit.*, nota 188, p. 830.

El comentario del historiador advierte que en efecto, Maximiliano —que no era militar— fue quien dispuso salir de la capital, sin llevar los elementos indispensables para las acciones militares que iba a enfrentar, particularmente ausentes de artillería y de fuerzas suficientes; pero consideraba que era deber del general Márquez, haberse opuesto a continuar la marcha, cuando menos para dejar a salvo la responsabilidad que ha pesado sobre él.²⁸³

En el sector del ejército imperial, ya concentrado en Querétaro, De Arrangoiz relata que en la Junta de Guerra celebrada el 22 de febrero, se acordó que el ejército saldría de dicha plaza el día 26 del mismo mes y año, para batir a las huestes republicanas, lo cual —en el criterio de sus propios estrategias— hubiera evitado el sitio y probablemente otorgado el triunfo a las fuerzas imperiales.

Sin embargo, el cronista advierte que no se logró llevar adelante tal operación, que posiblemente hubiera evitado el sitio de la plaza, ya que el 6 de marzo se colocaron alrededor de Querétaro, aproximadamente veinticinco mil soldados del ejército republicano. Sin embargo, al referirse a lo acontecido en la junta señalada, cuando Maximiliano preguntó al general Leonardo Márquez, su opinión sobre lo que debería hacerse, tenida en cuenta la situación que en ese momento se presentaba, de acuerdo con el propio relato de éste, le respondió:

Señor: si como soldado he de contestar, no puedo decir más sino que debemos permanecer al frente del enemigo, hasta que se decida la cuestión; pero si hemos de tener en consideración la parte política y la existencia del imperio, que fácilmente puede desaparecer en esta ciudad, creo que se debe ocurrir a los recursos del arte, y obrar estratégicamente para salir de nuestra posición. Por esto, pues, si yo mandara aquí, que es el caso que V. M. me ha puesto, con el mayor sigilo, ordenaría mi marcha, y al amanecer rompería el sitio, por el camino de Celaya, en que serían derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa línea y que no podrían resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaría violentamente de la Estancia de las Vacas; daría el frente a la ciudad y esperaría al enemigo; si iba a buscarme tenía yo segura la victoria en aquella excelente posición, y si no, continuaba yo tranquilamente para Celaya, haciendo creer que me dirigía a Guanajuato. El día siguiente, en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro,

²⁸³ *Ibidem*, p. 832.

diciendo que iba a Morelia; y al otro día, en lugar de tomar este camino seguía el de Maravatío e Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente a Toluca. Antes habría yo prevenido ya a la guarnición de México que saliese a mi encuentro posesionándose del Monte de las Cruces, y antes también, habría yo dado la orden para que la guarnición de Puebla se replegase a México. De este modo reuniría con los 9,000 hombres que hay aquí, 5,000 en México, 3,000 en Puebla, y otros 3,000 que, entre ambas ciudades, se reclutarían fácilmente, en pocos días, un total de 20,000 hombres, con 100 piezas de artillería de campaña, con los cuales libraría una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido a mis órdenes lo más florido y lo más afamado del ejército, generales, jefes y oficiales, terminando así la cuestión de una manera tan completa, que quedásemos dueños enteramente de todo el país, puesto que, así como yo habría reunido todos mis elementos, también el enemigo habría reunido los suyos; por consiguiente, al ser derrotado, quedaría sin ninguno.

Este camino, señor, es carretero y amplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, además de dinero para socorrer a las tropas; y dichas poblaciones están unas de otras con poca diferencia a una jornada de distancia. No creo, señor, que el enemigo que no nos batió en el cerro de las Campanas, se atreviese a seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera me batiría y correría mi suerte; y si no, llegaría tranquilamente a México para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.

Al acabar de hablar así —continúa diciendo Márquez— brilló en el rostro del soberano la satisfacción y la alegría. Preguntó su opinión al general Méndez, que acababa de escucharlo todo, y este general contestó que cuanto yo había dicho era lo mejor que podía hacerse. En esos momentos apareció el general Miramón e impuesto de aquel proyecto por el emperador, que cuidó de no decirle que era mío porque así se lo había suplicado, dicho general contestó estas palabras: señor, quien eso ha dicho a V. M., le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer. ¿Usted me responde del movimiento? Le preguntó el emperador. Sí señor, yo respondo a V. M. le contestó Miramón. El general Castillo, a quien fue a ver el emperador en unión mía, le respondió del mismo modo, comprometiéndose a igual responsabilidad. El general Vidaurri aceptó también la idea de la salida de Querétaro, queriendo sólo que en lugar de ir a México, fuésemos a Monterrey, donde aseguraba al emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, municiones, dinero, y cuanto pudiera necesitar. Y sólo el general Mejía (Tomás) se opuso resueltamente al proyecto, diciendo que era impracticable, porque apenas nosotros saliésemos de la ciudad, el ene-

migo nos cargaría con todas sus fuerzas, y nos haría pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

Ofreció al emperador llevarlo seguro hasta México con todas sus tropas, siguiendo el camino de la sierra, pero con la condición de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demás que no fuera posible llevar por aquel camino. Los ojos del emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose a mí me dijo estas palabras: “Es la primera campaña que hago en este país, y me da vergüenza volver a México habiendo perdido mi artillería y mis trenes”.

Por de contado el movimiento quedó sin hacerse. Entonces creí —afirma Márquez— que había sido sólo por la opinión del general Mejía; pero Arellano nos hace saber en su folleto que él fue quien habló secretamente al emperador para convencerlo de que no podía hacerse. Por lo expuesto, se ve que mis opiniones no eran seguidas por S. M., y que yo no tenía ni la menor influencia en sus determinaciones...²⁸⁴

Al culminar el relato que antecede, De Arrangoiz comenta que el plan delineado por el general Márquez, con la salida contemplada para ejecutarla el 10 de marzo, desde el punto de vista militar, hubiera sido desastrosa, pues si los nueve mil hombres concentrados dentro de Querétaro, que eran soldados aguerridos, mandados por generales experimentados, hubiesen logrado abrirse paso entre las fuerzas que los sitiaban, la derrota total hubiere ocurrido antes de llegar a la capital, en razón de los veinticinco mil republicanos que los sitiaban, entre los que existían muchos experimentados soldados además de ocho mil de caballería.

Esos factores, combinados con las marchas y contramarchas que proponía Márquez, sólo podrían infundir en las tropas que se abrían paso, la impresión de que se encontraban huyendo, lo que hubiera propiciado la desertión, con el decrecimiento de su número, considerando que las buenas retiradas habían sido muy difíciles en todos los países, aun con buenas tropas.

En conclusión, el cronista opinaba que el plan del general Tomás Mejía era más factible. Las primeras escaramuzas se llevaron a cabo el 8 de marzo de 1867 y el primer gran ataque ocurrió el 14 del mismo mes y año.

No debe escapar a nuestra observación un hecho político de gran significación, que se dio el 6 de abril, fecha en la que los observadores europeos

²⁸⁴ *Ibidem*, p. 838.

—anticipando las posibilidades de un desenlace funesto de las acciones militares concentradas en Querétaro para el archiduque y sus aliados— se apresuraron a mover los hilos de todas sus relaciones políticas en Estados Unidos.

Como parte de ellas, el ministro de Austria en Washington —al decir de José María Vigil— envió un Memorando en el que por instrucciones de su gobierno pedía al de Estados Unidos, que, en caso de ser hecho prisionero Maximiliano, interpusiere sus influyentes gestiones ante el presidente Benito Juárez, urgiéndole a que respetara la vida y persona del archiduque. El último párrafo de dicho documento aseveraba:

Parece que este gobierno tiene el derecho de pedir a Juárez que respete a los prisioneros de guerra, supuesto que al apoyo moral del gobierno americano es a quien debe en gran parte sus actuales ganancias el Partido Liberal de México.

Como resultado de esas gestiones, el señor Seward envió un despacho al señor Campbell —que estaba acreditado cerca de México— ordenándole comunicar al presidente Juárez, de manera pronta y eficaz: “El deseo de este gobierno de que, en caso de ser capturado el príncipe y sus secuaces, reciban el tratamiento humano concedido por las naciones civilizadas a los prisioneros de guerra”.

Campbell transmitió la anterior comunicación a Lerdo de Tejada, haciendo referencia a la vez, de los fusilamientos ocurridos a miembros de las tropas imperialistas que habían sido derrotadas en San Jacinto, agregando altaneramente la siguiente afirmación, que abiertamente hería la dignidad del gobierno nacional:

El gobierno de Estados Unidos simpatiza sinceramente con la República de México y tiene gran interés en su prosperidad; mas yo debo expresar la creencia de que la repetición de las severidades referidas debilitaría las simpatías enervando su acción. Se cree que tales actos con los prisioneros de guerra, según se ha dicho, no pueden elevar el carácter de los Estados Unidos Mexicanos en la estimación de los pueblos civilizados, y tal vez perjudiquen a la causa del republicanismo, retardando su progreso en todas partes.

El ministro Sebastián Lerdo de Tejada dio respuesta a la intolerable advertencia, en los siguientes términos:

San Luis Potosí, abril 27 de 1867. Señor. He tenido la honra de recibir ayer la comunicación que me dirigió usted de Nueva Orleáns el día 6 de este mes.

Se sirvió usted manifestarme en ella, que por razones que se pueden comprender, no ha venido usted a presentar al señor presidente de la República las credenciales de usted como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos cerca de la República de México, y que ha permanecido usted en Nueva Orleáns desde diciembre último. Siente el gobierno de la República que aquellas razones hayan impedido a usted venir a presentar sus credenciales, para poder comenzar sus relaciones oficiales, pues será muy satisfactorio para el gobierno recibir a usted en su calidad de representante de Estados Unidos.

Se sirvió usted manifestarme también, que la satisfacción con que el gobierno de Estados Unidos ha visto el retiro de las fuerzas francesas de México y el avance de los ejércitos del gobierno constitucional hacia la capital, ha sido turbada por los informes recibidos acerca de la severidad empleada con los prisioneros de guerra hechos en San Jacinto. Expresó usted igualmente el deseo del gobierno de Estados Unidos sobre que, en el caso de la captura del archiduque Maximiliano y sus partidarios, sean tratados humanamente como prisioneros de guerra.

Los enemigos de la República, deseando producir una impresión desfavorable a la misma, se han empeñado en adulterar los hechos, y en esparcir informes inexactos sobre el caso de los prisioneros de San Jacinto. La mayor parte de ellos, en número considerable, fueron perdonados, y el castigo que mandó ejecutar en algunos el jefe de las fuerzas republicanas, fue por no considerarlos como simples prisioneros de guerra, sino como culpables según el derecho de las naciones y según las leyes de la República. Acababan de entregarse a todo género de excesos y de crímenes en la ciudad de Zacatecas, porque peleaban como filibusteros sin patria y sin bandera, y como mercenarios pagados para derramar la sangre de los mexicanos que defienden su independencia y sus instituciones.

Algún número, no pequeño, de los extranjeros aprehendidos en San Jacinto, fueron conducidos a Zacatecas, donde han sido tratados con mucha benevolencia, del mismo modo que han sido y son tratados otros aprehendidos en Jalisco, que no tenían tantas circunstancias agravantes de especial culpabilidad.

La conducta constante del gobierno de la República, y la que han observado en lo general los jefes de las fuerzas, ha sido respetar siempre la vida y tratar con las mayores consideraciones a los prisioneros tomados a las fuerzas francesas; mientras que por parte de ellos, y aun por orden de sus jefes principales, se asesinaba frecuentemente a los prisioneros que tomaban de las fuerzas republicanas. Muchas veces, sin necesidad de canje, los

prisioneros tomados a las fuerzas francesas han sido puestos generosamente en libertad.

Varios de los jefes principales de las fuerzas francesas mandaron incendiar poblaciones enteras. Otras fueron diezmadas por las que se llamaban cortes marciales; y a veces, por una simple sospecha, sin ningún aparato de juicio, hicieron matar personas indefensas y ancianas que no habían podido tomar las armas contra ellos. Sin embargo, el gobierno de la República, los jefes de sus fuerzas en lo general, lejos de emplear las represalias a que eran provocados, han observado siempre la conducta más humana, dando constantes ejemplos de la mayor generosidad. De esta manera la causa republicana de México ha excitado las simpatías de los pueblos civilizados.

Retiradas las fuerzas francesas, el archiduque Maximiliano ha querido seguir derramando estérilmente la sangre de los mexicanos. Excepto tres o cuatro ciudades dominadas todavía por la fuerza, ha visto levantada contra él la República entera. No obstante, ha querido continuar la obra de desolación y de ruina de una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos de los hombres más conocidos por sus expoliaciones y graves asesinatos, y de los más manchados en las desgracias de la República. En el caso de que llegaren a ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no parece que se pudieran considerar como simples prisioneros de guerra, pues son responsabilidades definidas por el derecho de las naciones y por las leyes de la República. El gobierno, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que puedan exigir los principios de justicia y los deberes que tiene que cumplir para con el pueblo mexicano.

Espera el gobierno de la República que, con la justificación de sus actos, conservará las simpatías del pueblo y del gobierno de Estados Unidos, que han sido y son de la mayor estimación para el pueblo y el gobierno de México.

Tengo la honra de ser de Vuestra Excelencia muy respetuoso y muy obediente servidor. S. Lerdo de Tejada.

La respuesta que referimos propició un cambio de actitud del gobierno norteamericano, ya que días después —el 15 de junio— mediante un Memorandum leído por el señor Seward al señor Romero, después de referirse a las gestiones que habían realizado tanto el emperador de los franceses, como la reina de Inglaterra y el mismo emperador de Austria a favor del archiduque, afirmaba:

Estados Unidos ha hablado ya sobre este asunto con franqueza y con profundo respeto al gobierno del presidente Juárez. El reiterar sus opiniones y deseos de una manera formal, accediendo a los deseos expresados por los soberanos de Francia y de la Gran Bretaña, embarazaría tal vez al gobierno del presidente Juárez y podría producir el resultado de impedir el objeto humano que desea.

Y, en ocho semanas —el 14 de mayo del mismo año— los tres jefes del ejército imperial, integrado por la infantería, la caballería y el estado mayor, al mando de los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía y Severo del Castillo, informaban al usurpador de la situación que en ese momento guardaba la defensa de la plaza —de la que lo hacían inmediato y principal responsable— así como de aquellas medidas que debían haberse tomado a partir de la decisión de permanecer en ella a la defensiva.

En ese aspecto le informaban que se debía haber evitado la concentración de las tropas republicanas en su aproximación a Querétaro, lo que había provocado que se viera reducida la situación del ejército imperial —integrado por ocho mil hombres— a defenderse en dicha plaza —ya sitiada— de los ataques de un enemigo que tenía más de veinte mil hombres, omitiendo almacenar víveres y forrajes, así como levantar la fortificación que exigía su defensa.

El comunicado agregaba que el sitio llevaba ya 70 días y lamentaba con extrañeza que aún no regresara al lugar de los acontecimientos —con los refuerzos que esperaban— el general Leonardo Márquez, a quien habían mandado se trasladara a la capital. Así pues, considerando lo que ocurría en las líneas de la República, en esa misma noche —14 de mayo— el general Escobedo había dictado sus disposiciones para apoderarse del convento de la Cruz —donde se encontraba el cuartel general de Maximiliano— como inicio del asalto general.

Por cuanto a los efectivos de los imperialistas, ellos alcanzaban 9,000 hombres y una población que les había expresado su solidaridad. Destacaba la presencia entre ellos del general Miguel Miramón, famoso por su reconocido valor personal, aunado a su prestigio militar ganado en numerosas campañas, robustecido ello por la audacia con la que actuaba, la cual se comparaba con la que en su juventud había identificado a Antonio López de Santa Anna.

Además, se encontraba el general Tomás Mejía, que había sido un brazo poderoso en las fuerzas del imperio, que conjugaba con sus dotes mili-

tares una reconocida prudencia. Al lado de esos jefes participaban Ramón Méndez, rudo, infatigable, aguerrido y con un carácter que rayaba en la crueldad; Severo Castillo, afamado jefe de valor reposado y por su invariable apego a la severa disciplina militar. Al final, no podía dejar de incluirse a Leonardo Márquez, a quien se calificaba como formidable en razón de sus feroces instintos, combinados con su impetuosa perseverancia en la lucha, robustecida por la bárbara desesperación propia de un sanguinario criminal, que desprecia cualquier indicio de respeto y de protección para el prójimo.

El cuadro de la organización del ejército imperial establecía a Maximiliano, como general en jefe; a Márquez como cuartel maestro; a Miramón como jefe de la infantería; a Mejía de la caballería; a Reyes, como comandante general de ingenieros; a Ramírez Arellano como comandante general de artillería; y a Méndez, como jefe de la brigada de reserva. Castillo reemplazó a Márquez, cuando éste fue comisionado para el desempeño de una especial labor en la capital.

El plan de acción militar había sido diseñado por el mismo Márquez, y consistía en salir al encuentro de los enemigos y batirlos sin tregua, para evitar que se reunieran. Sin embargo, al no contar con fuerzas suficientes pospusieron su salida, para esperar que de la Sierra descendiera el cabecilla Olvera, con su tropa. Así, el 4 de marzo se dio la orden para que el ejército estuviera listo, lo que se entendió que se lanzarían al encuentro del enemigo. Sin embargo, la noche tanto del 5 como la del 6 fueron empleadas inútilmente en los preparativos de la acción, que al llegar el día —no obstante que las tropas se encontraban en formación de batalla— ésta no se dio.²⁸⁵

El mismo compás de espera se mantuvo, no obstante que el día 9 se celebró una junta de guerra, a la que asistieron Márquez, Miramón, Castillo, Mejía, Méndez, Escobar, Vidaurri y Ramírez Arellano, en la que todo resultó inoperante, puesto que básicamente se dedicaron a escuchar las rencillas que estaban latentes en los celos y animosidad latente entre los dos primeros, con recíprocos cargos y censuras, particularmente del segundo en contra del primero, por no haber impedido la concentración de fuerzas republicanas alrededor de Querétaro.

La respuesta se concretó a decir que en ello no concurría falta alguna, por cuanto a que no había resultado posible atacar al enemigo cuando se

²⁸⁵ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, pp. 579 y 580.

había querido hacerlo.²⁸⁶ Desde luego que en esos enfrentamientos se manifestaba abiertamente la sorda y tradicional enemistad que permanecía latente entre esos dos jefes, la cual en esos momentos se había recrudecido, particularmente en la cena que ofrecieron al archiduque, con motivo de su llegada a Querétaro —y a la cual no había asistido— en la que Márquez pronunció un discurso fulminante, pleno de sarcasmo, ocasionado por la última derrota de Miramón, destacando que la posición jerárquica en la que se encontraba en esos momentos, aquél era subordinado de éste, no obstante que anteriormente había llegado a ser presidente.

En ese incidente, el relato concluye advirtiendo que Miramón se mantenía pálido por la ira que lo envolvía; pero se refrenó y su breve respuesta la concretó en un brindis por el ejército.²⁸⁷ El punto culminante de dichas rencillas, ocurrió cuando el archiduque otorgó a Márquez el mando de las tropas, lo que propició que Miramón se sintiera lesionado en su dignidad, al grado que le envió a Maximiliano una carta en la que decía:

Que por fidelidad a Vuestra Majestad y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera a los republicanos; pero que pedía que inmediatamente después de la acción se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir a las órdenes de Márquez.²⁸⁸

El episodio que nos ocupa en las líneas precedentes, también es relatado por De Arrangoiz, explicando que como Maximiliano advertía que no era soldado, confiaba el mando de las tropas a Márquez, por lo cual se dio por ofendido Miramón, puesto que por haber sido presidente de la República y general de división más antiguo, no quería estar subordinado a Márquez, en los términos expuestos en la carta de la que damos cuenta. Sin embargo, como el archiduque respondió recomendando subordinación, Miramón le envió nueva diversa carta, en los siguientes términos:

Tal vez mi carta anterior no ha sido interpretada en el verdadero sentido que quise dar a mi pensamiento, por esta razón, me interesa explicarla nuevamente a V. M. Decía que desde el momento en que el general Márquez

²⁸⁶ *Ibidem*, p. 580.

²⁸⁷ *Ibidem*, pp. 580 y 581.

²⁸⁸ *Idem*.

ha sido designado para ejercer el mando del ejército, no podía quedar bajo sus órdenes; y que únicamente por fidelidad a V. M., conservaría el mando del cuerpo de infantería para tomar parte en la primera batalla.

Las graves razones que tengo para obrar así, son tan públicas, que me parece inútil indicarlas; pero deseoso de que no se me acuse de insubordinado cuando soy el primero en obedecer, me encuentro en la necesidad de expresarlas a V. M. El general Márquez ha sido hecho general de brigada por recomendación mía. Después, siendo yo jefe del Estado, aproveché la primera ocasión que se me presentó para elevarle al rango supremo del ejército. Este general, en cambio de esa conducta, intentó proclamar presidente al general Santa Anna, desconociendo el poder que yo tenía y obligándome a ir personalmente a la capital del estado de Jalisco para destituirle, y para hacerle volver a México, adonde le hice someter a un juicio.

Habiendo estado siempre a mis órdenes el general Márquez, nunca podré considerarle como mi superior. Preferiría retirarme a la vida privada, más bien que recibir un golpe tan duro que heriría mortalmente mi dignidad, mi amor propio, y que estaría en oposición con todos mis antecedentes.

Me dice V. M. que este general merece su confianza en su calidad de jefe de estado mayor, como la he merecido yo en el mando importante que se me ha dado. Siendo así, nada tengo que agregar, no siendo mi superior el jefe de estado mayor, sino únicamente el conducto por donde reciba las órdenes de V. M. Tal prueba de confianza en nada me hiere, pero no era lo mismo cuando oí de los labios de V. M. que era el general en jefe del ejército.²⁸⁹

No escapa a nuestras observaciones, la sanguinaria fama que bien había ganado Leonardo Márquez, que de acuerdo con la versión escrita por De Arrangoiz, también resultó envuelto en el homicidio perpetrado en la persona del ilustre ex ministro de Relaciones Exteriores don Melchor Ocampo —que residía entonces en su hacienda de Pomoca, en el estado de Michoacán— en la que resultó aprehendido por el guerrillero Lindoro Cajiga, habiendo sido trasladado a Tepeji, lugar en el que se encontraba el general Zuloaga en el que fue fusilado.

El relator advierte que de acuerdo con la versión contenida en un libro escrito por el general Ramírez de Arellano —que era el director de artillería y miembro del Consejo de guerra imperial— en el que atribuye a Márquez tal homicidio. Sin embargo, como lo había vertido en otros acontecimientos similares, éste lo rechaza:

²⁸⁹ Arrangoiz, Francisco de Paula de, *op. cit.*, nota 188, pp. 834 y 835.

No es cierto que yo mandase prender a don Melchor Ocampo; ésta fue una arbitrariedad del guerrillero Lindoro Cajiga, que ejecutó de propia autoridad, sin conocimiento de nadie. Tampoco es cierto que yo pidiese al general Zuloaga la orden para fusilarlo.

No es verdad que yo previniese a la guardia que vigilaba a Ocampo, que cuando uno de mis oficiales de órdenes fuese a dar aviso para fusilar al prisionero, se ejecutara al ministro de Juárez; todo esto es una charla inventada por Arellano. He hablado en La Habana con el general Zuloaga sobre ese asunto, y tengo en mi poder una carta suya que explica el hecho a su modo; nada dice allí, ni de palabra me dijo nada de lo que afirma Arellano, con referencia a dicho señor; y es natural, porque no podía asegurar lo que sabe bien que no es cierto.

Lejos de mi patria, y en la imposibilidad de procurarme hoy los datos necesarios para aclarar los hechos, tengo que aplazarlo para más tarde. Entre tanto, juro por mi honor, delante de Dios, que yo no ordené la aprehensión de Ocampo, ni lo mandé fusilar; ni tuve intervención alguna en esta desgracia; ni aun noticia de ella sino después de sucedida. El tiempo probará esta verdad, y pondrá de manifiesto al culpable. Que no se me atribuya lo que otro hizo; esto no es justo. Estoy pronto a responder de mis actos en todas ocasiones; pero ni debo ni puedo, ni quiero responder de actos ajenos.

De lo aseverado por el propio Márquez, De Arrangoiz reflexiona que de acuerdo con tal versión, él no dio la orden para fusilar a Ocampo, pero no dice todo aquello que debía decir, puesto que se abstiene de mencionar quién expidió la orden, ya que Zuloaga explicó los acontecimientos a su modo, sin que Márquez se refiera a tal modo y si éste señala que el tiempo pondrá de manifiesto al culpable, ¿por qué no lo pone él?²⁹⁰

Debe agregarse que una vez que el imperio había quedado abandonado por el ejército de la intervención francesa, era evidente que su existencia se aproximaba a su fin, ya que su presencia en el territorio nacional se encontraba limitaba a solamente seis ciudades: México, Querétaro, Puebla, Veracruz, Mérida y Campeche, que se encontraban ya asediadas por las fuerzas republicanas, que mantenían sitiada a la ciudad capital, dado que las guerrillas que la bloqueaban, impedían la entrada de víveres.

Por el contrario, las fuerzas republicanas controlaban el resto del territorio nacional, pues el general Porfirio Díaz ejercía el control militar del territorio que comprendía desde Oaxaca a Córdoba, hasta las cercanías de

²⁹⁰ *Ibidem*, p. 450.

la capital; excluyendo a la ciudad de Puebla, a la que poco después pondría sitio. Hacia el poniente el general Régules controlaba Michoacán y parte de Guerrero, con excepción de Morelia. El general Corona tenía el dominio del occidente, que comprendía Jalisco, Sinaloa y Sonora; en el centro, el general Riva Palacio se había apoderado de Toluca y el general Escobedo mantenía su dominio en el resto de los estados del norte, estableciendo su cuartel general en San Luis Potosí. El cálculo del efectivo de las fuerzas republicanas, al iniciar el sitio de Querétaro, era de quince a dieciséis mil hombres, que aumentaba diariamente con refuerzos que llegaron a sumar treinta mil hombres, imbuidos con firme moral, por lo que confiaban en la derrota que propinarían al reducido y desmoralizado ejército imperial, que a la vez, se encontraba debilitado por la falta de certeza de las decisiones de Maximiliano.²⁹¹

II. EL SITIO DE QUERÉTARO

En notoria coincidencia con los acontecimientos relatados en el párrafo precedente, los imperialistas empezaron a concentrar fuerzas en la misma ciudad de Querétaro, a la que se habían dirigido desde Morelia, con más de tres mil soldados encabezados por el imperialista general Ramón Méndez.

El propio Maximiliano había salido de la capital de la República el 13 de febrero de 1867, al frente de cuatro mil hombres para llegar a Querétaro seis días después. No deja de ser interesante recordar que al pernoctar en San Juan del Río —el 17 del mismo mes— el archiduque expidió una proclama dirigida al ejército mexicano, en la que le comunicaba que a partir de esa fecha él se hacía cargo del mando militar, que era un deseo que anteriormente le habían impedido poner en práctica; pero que encontrándose ya libre de toda influencia o presión extranjera, anhelaba mantener alta y honrada la bandera nacional.

Para hacer más explícita la decisión, también informaba haber nombrado jefe de su estado mayor al general Márquez.²⁹² De esos movimientos y otros similares resultó que el archiduque pudo ver reunido un efectivo de alrededor de doce mil combatientes, que iniciaron la fortificación de dicha plaza, que iba a ser teatro de las operaciones.

²⁹¹ Rivera Cambas, Manuel, *op. cit.*, nota 71, pp. 523-525.

²⁹² *Ibidem*, p. 538.

Por su parte, la República había movilizado al cuerpo del Ejército de Occidente, al mando del general Ramón Corona, para que con las fuerzas que tenía en Jalisco, conjugara sus operaciones con las del general Mariano Escobedo, a quien ya se había nombrado general en jefe de todas las fuerzas que debían doblegar a los imperialistas.

De la misma manera se ordenó a los generales Riva Palacio y Régules, para que con el cuerpo del Ejército del Centro se dirigieran a Querétaro, confiando en la estrategia de la acción militar que empeñaban al sitiar dicha plaza —combinada con el hambre que la asediaba— ya que ha sido axioma castrense que las plazas sitiadas capitulan o se rinden necesariamente; más aún, confiaban en la inexistencia de algún temor, de que pudiera llegarles auxilio por la parte de afuera, al grado que obligase a los republicanos a levantar el campo. Sin embargo, consta históricamente que los jefes militares leales a la intervención, atrevidamente lo intentaron todo, sin obtener otro éxito que el convencerse de su impotencia.²⁹³

Al verificar las particularidades de los movimientos concurrentes de ambos contendientes, el relato que formula Rivera Cambas en esta materia, observa que el 5 de marzo de 1867, el ejército republicano desembocaba en el valle de Querétaro —en la confluencia de los caminos de San Miguel Allende y Celaya— encontrando a su frente y en ese mismo lugar, que el ejército imperialista estaba colocado en formación de batalla, apoyando su derecha en el río, a su izquierda la Casa Blanca y en el centro el cerro de las Campanas y que, después de tres días, en razón de la indecisión de sus enemigos, en un alarde militar de significación, llevaron a cabo una revista, no obstante encontrarse a tiro de los enemigos. A la vez, celebraron la llegada de contingentes de refuerzo y en la noche del día 10, iniciaron un movimiento por el cual voltearon los cerros de San Gregorio, San Pablo, Carretas, Cañada y Cuesta China, lo que indicaba la intención de cercar la ciudad.

Como consecuencia de dicha acción, a partir del día 12, los que defendían la plaza forjaron una nueva línea, que se mantuvo en forma permanente, en la que su extremo izquierdo se apoyaba en el cerro de las Campanas y el derecho en el convento de la Cruz, en el cual Maximiliano estableció su cuartel general, por considerar que la altura en la que ese lugar se encontraba colocado, era la llave de la ciudad.

²⁹³ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, p. 537, en la que el autor asevera que el 13 de febrero de 1867, Maximiliano salió de la capital, al frente de una columna de 1,600 hombres con dirección a Querétaro.

Una vez que había quedado establecido el sitio de la plaza de Querétaro, el relato histórico nos permite saber que Maximiliano convoca a un consejo de guerra, en el que Miramón propone no esperar a que puedan reunirse y consolidarse las fuerzas republicanas, sino salir al encuentro del enemigo para librar la batalla en la dirección de Celaya.

Considera que el ataque debía dirigirse sobre la Estancia, con todas las fuerzas de infantería y artillería, robusteciendo la acción con cargas de caballería, que comandaba el general Tomás Mejía, que voltearían la posición por el oeste. Con esa acción prometía la victoria, que permitiría combatir las otras fuerzas que se encontraban por el lado de Santa Rosa, a las que derrotarían como a las de Corona.

Con tal estrategia, Miramón afirmaba que en dos días habrían salvado al imperio. Sin embargo, el general Márquez no aprobó el plan que se les exponía, por apreciar la conveniencia de esperar el ataque del enemigo y combatirlo cerca de la ciudad, ya que anticipaba que los enemigos eran superiores en número y que, en un combate a campo abierto, sus ocho mil caballos podrían envolver y destruir a los tres mil que pudieran oponerles.

En esas condiciones prefería esperar su ataque, el que podrían rechazar, por apreciar que en el ángulo de la estrategia militar, poseían un mejor campo de batalla, cuyo centro se ubicaba en el cerro de las Campanas, el cual podría fortificarse con diez piezas de artillería, que se encontraba ubicado a la extrema derecha el cerro de San Gregorio y a su izquierda se localizaba la hacienda Casa Blanca, advirtiendo que las fuerzas que los atacaran, no encontrarían en las montañas que rodean la ciudad ningún otro campo de batalla.

Por los razonamientos que Márquez expresaba, consideraba inaceptable comprometer las acciones que recomendaba Miramón, que en su caso, se encontraban sujetas a los riesgos e imprevisiones de la fortuna, agregando que en las circunstancias en las que se encontraban el menor fracaso comprometería la causa que defendían. No obstante la concurrencia de las dos alternativas que se propusieron en la junta de guerra mencionada, Maximiliano aprobó el plan de Márquez, lo que determinó que a partir del día siguiente, se desplegaran sus tropas de acuerdo con la propuesta que dicho jefe militar había formulado.²⁹⁴

²⁹⁴ Rivera Cambas, Manuel, *op. cit.*, nota 71, p. 538.

Tiene a la vez especial relieve dar cuenta, de la importante Junta de guerra convocada y presidida por Miramón —que tuvo lugar la tarde del 20 de marzo de 1867— en la que después de un largo debate, se decidió continuar con la defensa de la plaza, despejando el flanco izquierdo del cerro de las Campanas, así como el poner en acción a las guerrillas sobre la retaguardia de los sitiadores, esperando que llegaran tropas y recursos económicos que obtuvieran en la capital.

Para lograr tener éxito en esta última expectativa, aprobaron enviar como comisionado al mismo Leonardo Márquez —que en esos momentos fungía ya como lugar teniente del imperio— y a quien investían de plenos poderes, adscribiéndole como asistente a Vidaurri, que se encargaría del ministerio de Hacienda. La partida de ambos se llevó a cabo con gran sigilo, la noche del 22.²⁹⁵ Es oportuno agregar que Márquez jamás regresó, aun cuando en líneas subsecuentes expondremos las razones que concurrieron para impedir su regreso. De todas maneras, era latente entre las fuerzas imperialistas, la angustiada espera que manifestaban quienes les aguardaban. En razón de esa circunstancia, hacia el fin de las acciones militares, Maximiliano advertía que Márquez era quien lo había traicionado.

De acuerdo con los relatos militares existentes, las fuerzas republicanas se encontraban colocadas frente a Querétaro, en la línea de occidente y sur de la ciudad; distribuyéndose en dos cuerpos de ejército, uno identificado como el del norte y otro el de occidente, en el que fue incorporado el del centro.

Las primeras escaramuzas se llevaron a cabo el 8 de marzo de 1867 y el primer gran ataque ocurrió el 14 del mismo mes y, en ocho semanas los tres jefes del ejército imperial, integrado por la infantería, la caballería y el estado mayor, al mando de los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía y Severo del Castillo, informaban al usurpador de la situación que en ese momento guardaba la defensa de la plaza —de la que lo hacían inmediato y principal responsable—, así como de aquellas medidas que debían haberse tomado a partir de la decisión de permanecer en ella a la defensiva.

En ese aspecto —con reproche— aseveraban que se debía haber evitado la concentración de las tropas republicanas en su aproximación a Querétaro, lo que había provocado que se viera reducida la situación del ejército imperial —integrado por ocho mil hombres— a defenderse en dicha plaza

²⁹⁵ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, pp. 586 y 587.

—ya sitiada— de los ataques de un enemigo que tenía más de veinte mil hombres, omitiendo almacenar víveres y forrajes, así como levantar la fortificación que exigía su defensa.

El comunicado agregaba que el sitio llevaba ya 70 días y, lamentaba con extrañeza que aún no regresara al lugar de los acontecimientos el general Leonardo Márquez, con los refuerzos que esperaban, ya que le habían ordenado se trasladara a la capital, para regresar con dinero, soldados y armas.

Así, pues, considerando lo que ocurría en las líneas de la República, en esa misma noche —14 de mayo— el general Escobedo había dictado sus disposiciones para apoderarse del convento de la Cruz —donde se encontraba el cuartel general de Maximiliano— como inicio del asalto general. El 10 de marzo los generales Escobedo y Corona recorrieron su campo y el de los enemigos y el primero de ellos pasó revista al ejército de operaciones, señalando a Corona como el segundo en jefe.

Los imperialistas se mantenían en un plan estrictamente defensivo, haciendo saber que la ciudad de Querétaro sería la base de sus operaciones. Tenida cuenta de esa decisión, el ejército republicano estaba decidido a regularizar el asedio, con el propósito de aprisionar a Maximiliano y a sus principales colaboradores, que pretendían mantener la lucha.²⁹⁶

Los relatos históricos registran marginalmente —pero con consecuencias que pretendían demeritar el honor del ejército republicano— un singular episodio, al cual se le ha dado amplia divulgación y diversas interpretaciones, hasta el grado de mistificarlo.

El hecho se origina cuando el archiduque se da cuenta de la inminente caída de la plaza sitiada. Ante tal circunstancia irreversible, envía como emisario ante el general Mariano Escobedo, como jefe del Ejército Republicano, a uno de sus leales —identificado como el coronel Miguel López— a fin de que por su conducto obtuviera la gracia del perdón —que le permitiera salvar la vida— con la proposición de que se le facilitara salir de la ciudad en la que se encontraba, acompañado con una escolta que le acompañara para dirigirse y llegar hasta algún lugar del Golfo de México, en el que pudiera abordar un navío que lo trasladara a Europa, con la promesa de que no regresaría al país, ya que había abdicado del trono imperial.

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 582.

A esas alturas, el general Escobedo tenía muy presente que había recibido órdenes superiores para no concertar capitulación alguna, ni siquiera la más leve concesión, ya que el gobierno anticipaba que llegaba el desenlace. En consecuencia, dicho jefe cumplió fielmente las órdenes que había recibido, rechazando enérgicamente las pretensiones del archiduque.

En ese momento, después de que Escobedo había negado todo —porque no le era factible conceder nada— quien escribía la reseña de dichos momentos, observaba que el sacrificio que tenían que enfrentar no se justificaba, pues si el jefe imperial pretendía huir, ello los dejaba sin bandera y sin guía a quienes le habían sido leales, lo que posiblemente se pudo orientar para considerar estéril continuar con el derramamiento de sangre.

De ahí que el emisario regresó a informar a quien lo había enviado de la terrible negativa. Al quedar enterado Maximiliano, escuchó con aparente calma sin dar señales de actividad. En concordancia con los acontecimientos que en ese momento prevalecían, Escobedo alcanzó a prever que Maximiliano podría intentar evadirse, por lo que inmediatamente ordenó un nuevo ataque.

Todos esos factores —advierte Juan de Dios Frías— deben haber propiciado el desaliento de López al presenciar la actitud del archiduque, que en esos momentos ya sólo buscaba deshonorosamente su propia salvación. No podía resultarle extraño que el general Escobedo estuviera en esos momentos preparando apoderarse del convento de la Cruz, con el ataque en la madrugada del asalto general.²⁹⁷

La crónica de los acontecimientos entonces ocurridos recoge el hecho que antecede, atribuyéndole distintas interpretaciones y colofones, que concluye con el rechazo del general Escobedo a la propuesta del usurpador, a quien respondió que lo solicitado se encontraba fuera de las facultades que tenía concedidas y que, por tanto, no podía obsequiar tal concesión. Sobre este particular alguna opinión interesada —que también tendremos en cuenta— ha esgrimido que en realidad lo que ocurrió durante esos sucesos fue la traición del emisario, por lo que en alguno de los párrafos subsiguientes volveremos sobre dicha referencia.

Ahora bien, debemos tener presente que el examen de los importantes hechos de armas que en esa noche tuvieron lugar, se encuentra fuera del propósito de nuestra labor, por lo que sólo agregaremos que culminaron

²⁹⁷ Frías, Juan de Dios, *op. cit.*, nota 274, pp. 225-228.

cuando el usurpador se dio cuenta de que para él todo estaba perdido, por lo que se alejó del lugar en el que se encontraba alojado —aun cuando cerca de la línea de ataque— trasladándose con su escolta hasta el cerro de las Campanas, en el que al constatar que se encontraba perdido, ordenó se enarbolara una improvisada bandera blanca en señal de rendición, con el consecuente cese de los fuegos y el toque de parlamento, enviando a sus ayudantes a buscar al general en jefe del Ejército de la República, para comunicarle tal decisión.

El relato histórico precisa que a continuación, el general Escobedo se presentó personalmente —acompañado de su estado mayor— y que Maximiliano se adelantó a recibirlo y, tras un saludo grave, le indicó que deseaba hablarle en reserva, a lo que el jefe militar accedió; separándose de su séquito para escucharlo.

—Me permitirá usted —dijo— que custodiado por una escolta, marche hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver a México.

—No me es permitido conceder lo que usted pide, contestó lacónicamente Escobedo.

—Puesto que así es, yo espero que usted no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra.

—Eso es usted mío, le respondió Escobedo.

La entrevista referida concluye, al advertir que entonces, el príncipe desciñéndose la espada, se la presentó, y el general hizo que la recibiese el jefe de su estado mayor.²⁹⁸ Así concluía —después de setenta y dos días— el sitio de Querétaro.

²⁹⁸ *Ibidem*, pp. 214-234. Resulta oportuno señalar que de acuerdo con la perspectiva de Francisco Bulnes, el ejército que defendía Querétaro no era para Juárez y sus leyes un ejército, sino *una reunión de traidores*, pues los imperialistas no estaban reconocidos como beligerantes, sino simplemente como criminales, con los que no se puede tratar. Cuando la policía alcanza a los bandidos, éstos tienen que morir peleando o morir en el cadalso. Es regla militar, con rarísimas excepciones, que el destino de toda plaza sitiada es la capitulación; pero como en Querétaro no podía haber capitulación, el destino de los defensores era el cadalso para los jefes y oficiales y la absolución, el alivio, el pan, la cesación de los sufrimientos, para los soldados rasos. Éstos no podían, pues, decidirse a morir peleando; su salvación era la rendición, *op. cit.*, nota 44, pp. 780-781. Tiene relieve la diferencia numérica en el cálculo de soldados participantes en el sitio de Querétaro, ya que Niox afirma que el sitio de se mantuvo durante 70 días, y que el efectivo de tropas

En la misma jornada —15 de mayo de 1867— el propio general Escobedo enviaba el siguiente telegrama al ministro de la Guerra en San Luis Potosí:

Esta mañana, a las tres horas, la posición de la Cruz ha sido arrebatada por nuestras fuerzas, que han sorprendido al enemigo en ese punto. Poco después la guarnición ha sido hecha prisionera y la plaza ocupada por nuestras tropas, mientras que el enemigo, con una parte de sus efectivos, se retiraba en gran desorden hacia las alturas de las Campanas, bajo el fuego eficaz de nuestra artillería. Por último, hacia las ocho horas de la mañana, Maximiliano se ha rendido a discreción, con sus generales Castillo y Mejía, sobre las alturas susodichas.

Sírvase presentar al ciudadano presidente mis felicitaciones, por este importante triunfo de las armas nacionales.²⁹⁹

Como colofón de ese relato, Juan de Dios Frías reconoce que invocando la ley del 25 de enero de 1862, el propio general Mariano Escobedo estaba facultado para pasar por las armas y fusilar en ese momento a Maximiliano y a sus cómplices, a quienes había aprehendido *in fraganti* delito. Sin embargo, considerando las consecuencias que acarrearían a la República una acción precipitada, inteligentemente prefirió poner a los reos a disposición del gobierno general, con la certeza de que la ley de 25 de enero tipificada el delito y la pena que merecía tal conducta.

Poco tiempo dilató el gobierno en dar a conocer su decisión: Maximiliano debía ser juzgado con arreglo a dicha ley. Para ello, se trasladó al reo al exconvento de Capuchinas, acompañándolo con sus generales Tomás Mejía y Miguel Miramón, de manera de establecer sobre ellos un estrecho aseguramiento y vigilancia, correspondiente al grado de la responsabilidad que exigía su detención.³⁰⁰

III. PROCLAMA DEL GENERAL MARIANO ESCOBEDO A SUS SOLDADOS

A raíz de la victoria obtenida en aquella jornada, el jefe del ejército, felicitó a los soldados que habían logrado el triunfo:

sitiadas era de 5,637 hombres y que las fuerzas del enemigo alcanzaban a más de 40,000 hombres; sin embargo, fue necesaria la traición para la rendición de la plaza, *op. cit.*, nota 120, p. 709.

²⁹⁹ Masseras, *op. cit.*, nota 225, p. 205.

³⁰⁰ Frías, Juan de Dios, *op. cit.*, nota 274, pp. 235 y 236.

Soldados: A vuestro valor, constancia y sufrimientos debe la República uno de sus triunfos, el mayor que se ha obtenido en la larga lucha que la nación ha sostenido con los invasores y sus cómplices: la ciudad rebelde de Querétaro, el más fuerte baluarte del imperio, después de una heroica resistencia de dos meses digna de mejor causa, ha sucumbido. Fernando Maximiliano, el titulado emperador, Miramón, Mejía, Castillo, y un sinnúmero de generales, jefes y oficiales con toda la guarnición, son nuestros prisioneros. Faltaría a mis deberes de soldado y traicionaría mi conciencia de hombre libre, de mexicano leal, si callara vuestros heroicos hechos y vuestros más heroicos sacrificios.

Con la fe del soldado que defiende la invasión de su patria, sin alimentos, y muchas veces sin un solo cartucho, desafiabais la muerte combatiendo sin cejar con numerosas tropas de traidores y extranjeros, provistos de toda clase de elementos de guerra, perfectamente fortificados y mandados por los mejores generales del antiguo ejército, que por desgracia faltaron a sus deberes, aliándose con los invasores y sosteniendo hasta última hora al extranjero, que otro extranjero, el emperador de los franceses, quiso colocar en un trono erigido con las bayonetas de sus soldados; pero éstos ya no existen: sus restos han huido a Francia a ocultar su vergüenza, cargando con las maldiciones de todo un pueblo, llevando la triste nueva de que más de una mitad de sus camaradas pagaron con su sangre los caprichos de su amo.

Compañeros de armas: nada importa que hombres ambiciosos, aspirantes de mala ley, hayan querido disfrazar vuestros hechos; la veraz historia colocará a cada uno en el lugar que le corresponda, y ni los enemigos de la República, ni los que quietos permanecieron en lugares ocupados por los invasores contemplando indiferentes su desgracia, se sobrepondrán a los que como vosotros habéis combatido sin tregua ni reposo por los sagrados principios de independencia y libertad.

Soldados: en nombre de la República y del supremo gobierno, os felicito con toda la efusión de mi alma, y consecuente con el programa que me he trazado, seguiremos hasta alcanzar la paz y el orden, y con ellos el porvenir de nuestra patria.

¡Viva la República! ¡Viva la independencia nacional!

Cuartel General de la Purísima, frente a Querétaro, mayo 15 de 1867.
M. Escobedo.³⁰¹

³⁰¹ Galindo y Galindo, Miguel, *op. cit.*, nota 220, pp. 600 y 601.

Al día siguiente, el mismo jefe de las fuerzas republicanas escribía a sus superiores:

Ayer, en el momento de rendirse prisionero, Maximiliano me ha hecho las declaraciones siguientes:

1a. He enviado mi abdicación desde la primera mitad del último marzo. La copia de esa acta, certificada y rubricada por el ministro, se encuentra entre los papeles que me han tomado en el convento de la Cruz. El original ha sido enviado al presidente del Consejo de Estado, señor José M. Lacunza, con la orden de publicarla tan pronto que me encontrara legalmente como prisionero.

2a. Si es necesario que haya una víctima, que sea yo solamente;

3a. Deseo que mis sirvientes y mi comitiva sean bien tratados, en razón de que me han servido con lealtad en los peligros y en la inestabilidad de mi situación.

Él me ha declarado también que su único deseo era salir de México, y que él esperaba que se le facilitara una escolta para conducirlo al lugar en el que el deberá embarcarse. Yo le he respondido que por mí mismo no podía concederle nada; que sólo podía hacer conocer sus intenciones al gobierno supremo, como lo hago para que él disponga en este asunto las órdenes que les parezcan las más convenientes.³⁰²

Afirma el relato que escribe De Arrangoiz, que una vez preso Maximiliano en el cerro de las Campanas, fue entregado por el general Escobedo a la custodia del general Vicente Riva Palacio, quien lo condujo dando un largo rodeo por fuera de la ciudad; dando vuelta a la línea fortificada, para llegar hasta el convento de la Cruz, así como a un grupo adicional de prisioneros entre los que se encontraban los generales Castillo y Tomás Mejía, así acompañados por aproximadamente veinte jefes y ayudantes. El mencionado cronista agrega que Maximiliano preguntó a su custodio si sería fusilado y éste al no ocultarle la verdad, el archiduque contestó: “Estoy resignado”, despidiéndose a la vez de él, con efusivo abrazo y regalándole su caballo ensillado y enfrenado.³⁰³

Resulta a la vez anecdótico, que el mismo De Arrangoiz agrega a las líneas que anteceden, la afirmación de que el general Escobedo visitó en la

³⁰² Masseras, *op. cit.*, nota 225, pp. 253 y 254.

³⁰³ De Arrangoiz, Francisco de Paula, *op. cit.*, nota 188, p. 861.

prisión a Tomás Mejía, quizás recordando que en alguna ocasión —durante las luchas de las guerras civiles— éste le había salvado la vida. Consecuentemente, el vencedor de Querétaro le propuso que como tenía amplia influencia con el gobierno y prestigio con los jefes y oficiales de su ejército, estaba en condiciones de poder salvarlo, considerando que dentro de su gremio sería aprobada dicha gestión. Sin embargo, Mejía respondió a su interlocutor que si salvaba también al emperador y a Miramón, convendría en la proposición. Escobedo le manifestó que era imposible salvar a Maximiliano. “Pues me fusilarán con él”, fue la aseveración de Mejía y, cumplió su palabra.³⁰⁴

IV. EL QUERÉTARO DE HANS

Uno de los documentos que se encuentra traducido del francés, denominado Memorias, debido a la pluma de Alberto Hans, constituye un relato aparecido en 1868, que proporciona una diferente versión de los acontecimientos surgidos durante el sitio de Querétaro, expuesta por quien fuera oficial del archiduque austriaco. Al respecto, Manuel Payno advertía que, hacía poco se habían dado a conocer en la capital, dos relatos, el del conde Kératry y, la reseña de Alberto Hans. Al primero lo calificaba como objetivo y al segundo, como equitativo, aun cuando independiente de su simpatía por la causa imperial. Al dedicar su obra a quien él reconocía como “Su Majestad la emperatriz Carlota”, se dirigía a ella en los siguientes términos:

Señora:

Tuve la honra de combatir en Querétaro a las órdenes de S. M. Maximiliano I, emperador de México.

Toda mi vida estaré orgulloso por haber servido a su gran causa hasta el último instante; y por eso me permito dedicar este libro a su augusta viuda, a la que considero siempre como mi noble soberana...

Al escribir estas modestas memorias, recogidas en el querido suelo mexicano, y al relatar el episodio principal de la caída de Maximiliano, no tengo

³⁰⁴ *Ibidem*. Véase que en el relato, Hans afirma que cuando Maximiliano quedó enterado que los soldados republicanos habían tomado el convento de la Cruz, tomó sus pistolas y algunos papeles, bajó las escaleras seguido de quienes le acompañaban. Si el relato es verídico, ello confirmaría que además de la espada que portaba se encontraba armado.

otro objeto que el de legar al porvenir algunas notas, cuya consulta podrá ser de alguna utilidad. Tal vez V. M. las leerá un día. Dígnese entonces a tener presente que son de un soldado joven y humilde, que consideraría dichoso derramar su sangre por V. M.

D. V. M. I., fidelísimo y obediente servidor
Alberto Hans.

Ex-subteniente de la artillería imperial mexicana.

La anterior dedicatoria induce fácilmente a anticipar la tendencia del relato correspondiente. Su autor había participado en acciones bélicas llevadas a cabo en la campaña de Michoacán, desde 1863, habiéndose destacado como un bravo combatiente que, además, era un militar que había captado la confianza del general imperialista Ramón Méndez. Su exposición parte de la evacuación de Morelia, que fue el preámbulo del agrupamiento en Querétaro de las fuerzas al servicio de la causa imperialista.

En su relato expone aspectos relevantes del sitio, hasta las acciones que ejecutó el día de su fin: el 15 de mayo de 1867, que lo mantuvo en prisión, incluyendo los acontecimientos previos tanto al proceso, como a la ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía, hasta que fue liberado, como fue la suerte de la mayoría de los oficiales extranjeros. Ello permitió en su oportunidad, que Hans escribiera su relato.

De acuerdo con la visión de Hans, el archiduque austriaco convocó a los generales Miramón, Castillo, Mejía y Arellano, para celebrar el 14 de mayo un Consejo de guerra en el que se discutiría y resolvería el rompimiento del sitio y la evacuación de la ciudad de Querétaro; haciendo notar que correspondió a Miramón ser el único que conociera el lugar escogido para dicho acción; con el reclamo que le permitiera ser el último que abandonara la plaza; pero que no obstante la aprobación de dicho plan, sobrevino la traición del coronel López, que fue propiciada por el egoísmo, interés privado y espíritu de conservación, que generan desobediencia y defección, con el sacrificio de sus propios compañeros y jefes.

De esa convicción, aunada a una situación desesperada, parte el relato que se refiere a un traidor, a quien identifica como el coronel López, a quien atribuye haber estado en contacto con el enemigo en los últimos días del sitio, con la certeza de que él informaba a los republicanos de los medios idóneos para entregar la plaza. Con tal traición, salvaba la vida antes de que el emperador pudiera lograr su salida.

Para apoyar su criterio, Hans describe con cierta minucia la colocación de piezas de artillería, que guarnecían las plataformas —así como sus troneras— que se encontraban colocadas entre el Cementerio y el convento ubicados en el jardín de la Cruz, a corta distancia de las líneas republicanas, destacando que López había mandado retirar algunas de ellas, para reemplazarlas con tropa irregular de exploradores y que, dichos movimientos constituyeron aparentemente pequeños incidentes que en ese momento le pasaron desapercibidos; pero sobre los cuales posteriormente concentró su interés.

En estrecha vinculación con ello, recuerda que durante la tarde del 14 de mayo, el comandante Salgado le advirtió que estaba en puerta la ejecución de una acción importante por parte de los sitiadores, y que en ella la Cruz iba a ser el objetivo antes de que despuntara la aurora del día siguiente, previniéndole sobre su participación con dos secciones. Le dejó el mando de dos piezas que había en la huerta, con la firme instrucción para que los componentes que quedaban bajo sus órdenes, se mantuvieran firmes en caso del posible asalto del enemigo, destacando el indispensable valor militar que entrañan el sentimiento del deber, el valor del honor, la dignidad y amor propio de todo soldado.

Después de ello, Hans relata el diálogo que mantuvo con su nuevo asistente, que pudo ver en la ciudad sitiada: hambre, desolación general y señales precursoras de una posible acción inminente, confesando que sentía dolor en el alma, ya que anticipaba las horribles consecuencias de la batalla que estaba próxima a librarse.

El autor del relato hace referencia a sus diversos pensamientos y más allá de las dos de la mañana tiene presente haber oído pasos que se dirigían a la plataforma. Eran del coronel López, que le llevaba un refuerzo de infantería y al considerar que era inminente el asalto, López le reiteró sus órdenes y luego partió precipitadamente.

Agrega Hans que uno de los subalternos le informó que al parecer un batallón que guarnecía el lugar iba a sublevarse, para dar acceso en dicho lugar al enemigo. Ante esa advertencia, preguntó a su interlocutor el lugar en el que se encontraba López y la respuesta le señaló el cementerio. En su búsqueda, un centinela que no había notado le ordenó: “¡Alto ahí!” Su respuesta inquirió: “¡Decidme lo que aquí pasa!” Tras un momento de vacilación, la respuesta le informó: “No temáis nada, señor, estáis entre soldados del ejército regular. No somos guerrilleros, pertenecemos al batallón de Supremos Poderes de la República”. Ante dicha respuesta Hans

menciona haber quedado aterrado, pues reconoció la verdad: ¡El enemigo estaba en la plaza, él se hallaba en su poder, sin posibilidad alguna de dar aviso a la Cruz, sin esperanza de salvación, y desarmado! A continuación preguntó al oficial republicano:

- ¿De manera que el coronel López es quien os ha introducido aquí?
—Ciertamente, le contestó sonriendo. Ante dicha respuesta se convenció: ¡era prisionero; los republicanos habían entrado en Querétaro!

El oficial republicano le agregó:

- Todo el convento está ya en nuestro poder. A esta hora debe haber sido preso vuestro emperador.

Hans agrega que en el momento en el que los sitiadores tomaban la Cruz, López corría con la espantosa noticia, para dar la alarma al emperador, quien al despertar y quedar enterado dijo a quienes le rodeaban:

- Salir de aquí o morir es el único recurso.

Acto continuo, tomó sus pistolas y algunos papeles, bajó las escaleras seguido de quienes lo acompañaban en los momentos anteriores, que eran el general Castillo, el príncipe de Salm y su ayudante Pradillo. Llevaba un sombrero ancho bordado de oro, con su uniforme de general de división, cubierto con un amplio gabán, lo que impidió que fuese reconocido; pero a los primeros pasos fue detenido por un centinela republicano. López que se hallaba presente, se acercó a un jefe enemigo y le dijo que dejara pasar a aquellas cuatro personas, que eran paisanos, advirtiéndole que no obstante que estaban a la vista las insignias militares que llevaba el emperador y quienes le acompañaban, se dio la orden que les franqueaba el paso, dirigiéndose hacia el cerro de las Campanas, con el propósito de reunir allí algunas tropas que les permitieran resistir hasta el final, o abrirse paso por entre los sitiadores. En el momento en el que pasó frente al lugar en el que se encontraba el cuartel de su escolta, ordenó ensillar, aun cuando le brindaron un magnífico corcel, rehusó montarlo porque sus acompañantes marchaban a pie. Al pasar frente al palacio departamental expidió orden al general Miramón, para reunir las fuerzas que pudiera y acudir con ellas.

El relato que nos ocupa agrega que pocos momentos después, tanto la escolta imperial como el escuadrón de húsares austro mexicanos que iban a asistir al emperador pasaron por San Francisco y López, que era su jefe directo, los detuvo al paso; ordenando echar pie a tierra, haciendo prisioneros a todos sus integrantes, a quienes ordenó depusieran las armas. Acto continuo se dirigió al palacio departamental en el que se encontraba en esos momentos el emperador esperando a Miramón. A continuación, aquél preguntó a López:

—¿Pero qué es lo que pasa, coronel?

La escueta palabra respondió:

—¡Señor, todo se ha perdido!

Ante esa situación, Maximiliano ordenó retirarse al cerro de las Campanas, desde el cual, poco después, veía el desastre que no podía impedir. Convencido de ello, envió a su oficial de órdenes Pradillo, como parlamentario en busca de Escobedo, a fin de pedir garantías para sus oficiales y tropa. A la vez, se enarbolaba la bandera blanca, rindiéndose a discreción a los jefes republicanos Riva Palacio y Corona, quienes ordenaron que se le condujera al convento de la Cruz. A poco hizo acto de presencia el general Escobedo, a quien Maximiliano entregó su espada y con quien sostuvo un diálogo aparte, durante varios minutos, para posteriormente montar sus cabalgaduras y dirigirse a la plaza de la Cruz a la que entraron como reos de Estado en una prisión. El sitio había durado setenta y un días. El emperador, Miramón y Mejía permanecieron en Querétaro para ser... ¡juzgados!³⁰⁵

V. VERSIÓN DE EMILIO OLLIVIER SOBRE LA CONDUCTA DE MIGUEL LÓPEZ

Dentro de la relación de los acontecimientos de los que damos cuenta en las líneas que anteceden —que se concentran en la intervención del coronel imperialista Miguel López— que como emisario del usurpador solicitaba se le permitiera a éste salir de Querétaro, con un séquito y escolta,

³⁰⁵ Hans, Alberto, *El Querétaro de Hans*, relato incorporado en *op. cit.*, nota 159, que se inicia con el testimonio del general Sóstenes Rocha, que incluye el Memorandum del general Mariano Escobedo, con notas de Daniel Moreno, pp. 25-72.

para poder llegar a un puerto del Golfo de México, en el que abordaría un barco en el que se dirigiría a Europa, dando su palabra de honor de nunca regresar a nuestro país, he encontrado diversas versiones confirmatorias de los hechos ocurridos; pero con una diversa perspectiva, ya que el investigador Emilio Ollivier, cree que el archiduque austriaco no traicionó a nadie, ya que al haber anticipado que el general Escobedo rechazaría su propuesta, López había sido instruido para que entonces —con la intención que evidenciaba su emperador, de no seguir derramando inútilmente sangre— le informara al jefe de las fuerzas de la República, que al filo de las tres de la mañana, en el local del convento de la Cruz —en el que los atacantes no encontrarían resistencia alguna— se entregaría a discreción para constituirse en prisionero. En el análisis de esa versión, Ollivier advierte que la entrega de la plaza no implicaba que traicionara la lealtad que le debía a sus partidarios, como lo eran los generales Miramón, Méndez, Ramírez de Arellano, Mejía y otros.³⁰⁶

VI. VERSIÓN DEL DOCTOR SAMUEL BASCH

Por su parte, el doctor Samuel Basch fue un testigo apasionado de los acontecimientos que se relatan, ya que, de origen austriaco, asistía a Maximiliano personalmente como su médico de confianza, recuerda con pasión los acontecimientos que presenció y en los que también participó, de los que posteriormente dio cuenta en su libro *Recuerdos de México* —aparecido en Leipzig en 1868— y más tarde con traducción al italiano elaborada por Manuel Peredo en 1870, a cuyo título primario se le agregó el de *Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano (1866-1867)*.

Nabor Chávez, que se encargó de la edición de la obra mencionada —a la que se le considera como parte de la historiografía imperialista— hacía saber a sus lectores que la misma podría considerarse como la continuación de la que había escrito el conde Émil de Kératry —que culmina al relatar la retirada del ejército francés— de manera que corresponde a Basch la consideración de proveer un testimonio interesado y apasionado, que concluye al acompañar a su paciente en la catástrofe ocurrida en el cerro

³⁰⁶ Ollivier, Emilio, *L'Empire liberal*, consta de dieciocho volúmenes que están dedicados al reinado de Napoleón III, publicada con el título: *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México*, Guadalajara, 1906, pp. 247 y ss.

de las Campanas y, a quien —también como prisionero— continuó atendiendo hasta la víspera de su enjuiciamiento, amén de haber sido encargado por él, de darle forma de diario, al relato de los hechos de los que el archiduque había venido guardando memoria escrita, incluidos los resultados de las deliberaciones del gabinete de la guerra, planes de campaña, órdenes del día y protocolos de los Consejos de guerra.

Además de ello, el mencionado autor apunta variadas características y veleidades del inestable temperamento de Maximiliano, que se encuentran patentes en la carta que le dictó, que estaba destinada al prefecto del castillo de Miramar, en la que con extraordinaria jactancia, anticipaba que sus compañeros de marina quedarían maravillados al enterarse que en ese momento había hecho a un lado la administración para tomar el puesto de general, en servicio activo y se encontraba en el campamento con botas altas, espuelas y sombrero ancho, mandando un verdadero ejército, encontrando un verdadero atractivo en el pelear con tropas valientes y plenas de entusiasmo, como lo eran los jóvenes soldados; así como las visitas a las avanzadas que realizaba constantemente, particularmente a deshoras de la noche.

De ello apreciaba que el enemigo lo conocía bien, puesto que al presentarse diariamente en dichas líneas de fuego, percibía lanza granadas y balas sobre él, como si tiraran al blanco, destacando que en el combate del día 24 había reventado una granada a tres pasos del lugar en el que se encontraba, la cual solamente había herido a tres soldados, habiendo decidido enviarle como trofeo, un casco de tal granada para su pequeño museo en el castillo de Miramar.

En la misma comunicación, el archiduque afirmaba que en esa guerra sólo tenía a su lado a mexicanos, lo que se debía a su propio cálculo, ya que el único europeo que se encontraba a su lado era el propio doctor Basch como médico y Grill entre la servidumbre.

A lo anterior agregaba que en sus tropas no existían extranjeros y que, en cambio, en las de Juárez había muchos americanos de Estados Unidos, de los cuales habían capturado como prisioneros a algunos oficiales.³⁰⁷

³⁰⁷ Basch, Samuel, *Un testigo apasionado. Recuerdos de México*, relato incorporado a *op. cit.*, nota 159, pp. 73-79. Posee significación que en el proceso incoado a Maximiliano, éste rechazaba la competencia de la corte marcial que lo juzgaba, aduciendo que su conducta no podía sancionarse por limitarse a ejecutar acciones estrictamente políticas. Al leerse el párrafo correspondiente, se pueden apreciar las actividades a su cargo, que justificaron el proceso, la sentencia y su ejecución.

El propio Basch incluye entre sus *Recuerdos* que Maximiliano se encontraba diariamente activo, ya que laboraba en asuntos militares con los generales y visitaba constantemente las fortificaciones, esperando el regreso de Márquez para poner en acción un plan con el cual pudiera derrotar al enemigo, aun cuando advertía que estrechaba más hacia ellos sus líneas y, se agravaba su situación debido a la notoria escasez de víveres en la ciudad.

Tiene particular interés para esta obra, en razón de que Maximiliano afirmó —en su declaración preparatoria para la apertura de su proceso— “que era incompetente el Consejo de Guerra para juzgarle, porque los cargos que podrían hacersele, son de orden político”.

Sin embargo, en las líneas que anteceden y en las que siguen, constatamos las actividades militares —no políticas— que el mismo archiduque realizaba, destacando la carta —fecha el 29 de marzo— que por instrucciones de Maximiliano, Basch envía al consejero Herzfeld a Viena, en la que le informa de la salida realizada por los franceses al abandonar por fin a México: “Lo que determinó a Su Majestad a ponerse a la cabeza de las tropas, y rodeado de los mejores generales del ejército mexicano, emprender la guerra, que de cualquier manera había de decidir la suerte del imperio”.

El relato de Basch agrega que el 30 de marzo el emperador había condecorado por su propia mano, a los oficiales y soldados que obtuvieron méritos en los combates del 14 y 24 de ese mes y que, para culminar dicho acto, el general Miramón pidió licencia y facultad al príncipe, para condecorarlo en nombre del ejército, con la medalla de bronce del Mérito militar, que era una distinción destinada para premiar los servicios militares, la cual —de ahí en adelante— llevó siempre sobre su pecho.

En el mismo relato sobre sus recuerdos, Basch advierte del éxito que tenían sus combates, en los que su ganancia era la de infligir numerosas pérdidas al enemigo, a quien mataba y hería mucha gente, a cambio de que para ellos, sus triunfos eran otras tantas victorias de Pirro.

Por cuanto a la celebración ocurrida el 10 de abril —para conmemorar el tercer aniversario de la exaltación de Maximiliano al trono— el ejército que se encontraba bajo sus órdenes defendiendo la ciudad de Querétaro, le otorgó otra medalla que era un reconocimiento del valor militar.

En el mismo relato sobre las actividades militares que ejecutó Maximiliano el 27 de abril, Basch advierte que el emperador —al frente de su estado mayor y en medio del estampido de la metralla— recorría el campo

sable en mano, al frente de los escuadrones, intentando hacer que se repitieran las cargas de caballería, que habían quedado desorganizadas por lo vivo del fuego. No obstante que durante esa mañana la victoria les había sonreído, estimaba la jornada como perdida, puesto que su resultado les había impedido la salida que era el fin que se habían propuesto.

En el examen de aquellas jornadas, Basch agrega que después de seis semanas de su partida sin regreso, se había perdido definitivamente la esperanza de recibir el socorro de Leonardo Márquez, al grado de que Maximiliano empezaba a creer en una traición, hasta que un día —paseando con él por la plaza que se encuentra delante del convento— le dijo terminantemente que la traición era de Márquez y Vidaurri.

Sin embargo, quien escribe tales *Recuerdos*, destaca que Maximiliano había advertido la visible disminución que experimentaba el regimiento de la emperatriz, que se encontraba bajo el mando de López, a quien interrogó sobre la causa de tal acontecer, sin obtener respuesta categórica, que hizo reflexionar —a quien eso escribía— en no haber sospechado oportunamente que tal interlocutor sólo pretendía tranquilizar su conciencia, en razón de los arreglos que había iniciado con el enemigo para ejecutar su traición, puesto que además, era el jefe del punto de la Cruz, y sin tener el título, actuaba como ayudante de campo del emperador, a quien acompañaba en sus visitas de inspección, lo que permitía que se le considerara como favorito del archiduque y se le encargaran asuntos confidenciales, entre ellos el envío de correos.

Al referirse a la misma jornada, del 27 de abril, Sóstenes Rocha, relata que en un momento de la batalla en la que él como jefe militar había avanzado mucho terreno, encontró cerca del gran acueducto de Querétaro, al general Escobedo con su estado mayor, quien manifestaba grande agitación e inquietud. En ese momento se acercó a él para recibir sus órdenes:

General, me dijo: Corona ha perdido su posición y se le han dispersado nueve mil hombres. En nombre de la patria —prosiguió con voz conmovida— vaya usted a reconquistarla, o a morir gloriosamente.

—Mi general, le respondí, sabremos cumplir con nuestro deber. Con permiso de usted.

—Espere usted, añadió el general, he mandado al campo a los Cazadores de Galeana, se han batido muy bien rechazando a la caballería enemiga, pero creo, que en este momento deben venirse replegando ante fuerzas superiores que salen de la Casa Blanca, tome usted dicho cuerpo, todos los

que encuentre al paso y llévelos al combate, y como lo espero, cúbranse todos de gloria.

—Gracias mi general. Con permiso de usted, le repetí, y en el momento me desprendí a escape para volver a la cabeza de mi tropa que no había interrumpido su marcha.³⁰⁸

Poco después, el general Rocha tuvo a la vista a los Cazadores de Galeana que venían replegándose y para reanimarlos les dijo:

Muchachos, ya vienen muy cerca sus hermanos de la 1a. División, manténganse firmes sobre el terreno algunos instantes para darles tiempo y yo les aseguro la victoria... ¡Viva la República!

¡Viva!, contestó con voz vigorosa todo el cuerpo, tras de cuyas voces se rompió el fuego rápido, que obligó a los adversarios a replegarse tras de su columna, a las guerrillas de caballería enemiga. El grueso de esas tropas siguió sereno e imperturbable su marcha hacia nosotros, manteniendo sus armas sobre el hombro.

El relator agrega que las dos columnas adversarias no podían observarse entre sí, porque unos y otros venían subiendo las pendientes opuestas que allí formaba el terreno y, sin embargo, sus cabezas se hallarían cuando mucho a medio tiro de fusil, unas de otras; agregando el mismo general Rocha que se dio cuenta que él iba a obtener la deseada posición al comprender sus ventajas, así como la condición del buen éxito, al considerar que el triunfo le iba a corresponder a las tropas que primero desplegasen en batalla, cuya simple maniobra sería el secreto de la victoria, no dejando de considerar que la ejecución de dicha acción era muy difícil y casi imposible por encontrarse sujeto a los fuegos del enemigo.

En ese momento —agrega— se movió con rapidez al encuentro de sus soldados que apenas distaban sesenta pasos de la parte culminante. De ahí mandó hacer alto y el despliegue del primer batallón, lo que se ejecutó inmediatamente, recomendando a la tropa que con sangre fría apuntara cuidadosamente. A la vez los excitó arengándolos para provocar su entusiasmo.

A continuación ordenó la marcha en batalla y minutos después sus soldados vieron venir serpenteando casi a sus pies, a la espesa y profunda

³⁰⁸ Rocha, Sóstenes, *op. cit.*, nota 159, pp. 71-72.

columna del enemigo, de ahí ordenó gritándoles: “¡Alto!... ¡Fuego!” La respuesta se la dio la incesante detonación que atronó los aires; percatándose de los anchos claros que sus balas abrieron en las filas enemigas, que se mostraron presas del pánico, ya que no tuvieron oportunidad de desplegarse. Entre ellos todos pretendían dar órdenes pero nadie entendía ni obedecía.

Por el contrario, del lado republicano no había voces, ya que sus integrantes se ocupaban de apuntar bien y de disparar con rapidez, produciéndose tremendo frenesí al contemplar el efecto que producían y, en unos cuantos minutos alcanzaron el momento de crisis de la batalla, que era preciso para afianzar su victoria.

¡A la bayoneta! ¡A ellos!, gritó el general Rocha y simultáneamente mandó a su clarín de órdenes tocar *Degüello*, con la contraseña de Galeana, y al corneta de infantería *Ataque y banda*. Momentos después su valiente tropa se precipitó sobre las fuerzas del adversario, con sus armas embrazadas y su bayoneta armada. Repentinamente, la masa informe y desorganizada de las fuerzas imperiales, sin esperar el choque, inició la huida a la carrera. Aquellos que se rezagaban o quienes por vergüenza no abandonaron el terreno, eran acuchillados, pasados a la bayoneta o se rendían a discreción. Las fuerzas republicanas continuaban el rudo ataque, marchando sobre una alfombra de cadáveres.

Culmina el relato su expositor, diciendo que el enemigo no pudo resistir y antes de caer prisionero por completo, emprendió de nuevo rumbo a la Casa Blanca en la más horrorosa desbandada. En esos momentos, dos de sus coroneles subalternos se acercaron al general Rocha, para informarle que las municiones se encontraban a punto de quedar totalmente consumidas. Como consecuencia, el campo de batalla quedó sembrado de cadáveres de ambas fuerzas, dejando más de setecientos muertos, de los cuales doscientos pertenecían a la república y poco más de quinientos al adversario. En esta acción capturaron multitud de prisioneros y muchas armas de todas clases.

Una vez terminada la batalla se presentó ante ellos el general Escobedo, quien les dirigió una corta pero elocuente alocución, felicitándolos por el brillante hecho de armas, que le valió al propio Rocha que una vez que terminara el sitio se le concediera el ascenso a general efectivo de brigada; calificando que “los frutos que se cosechan en un campo de batalla, depen-

den de la ejecución de una maniobra decisiva, llevada a cabo con audacia y prontitud, exactamente en el instante preciso”.³⁰⁹

En la relación de acontecimientos que venimos considerando, resultaba evidente que el paso de los días y el análisis de la situación, permitió a Maximiliano convencerse de que era insostenible la situación de la permanencia en Querétaro, lo que les determinaba la urgencia de partir, pero la interrogante era: ¿hacia dónde? No podían pensar en la capital, puesto que se encontraba sitiada por el ejército de Porfirio Díaz; aunando a ello la certeza de que Escobedo y Corona llegarían por la espalda.

En esa incertidumbre, reconocieron que el único camino que les quedaba era el de la Sierra —distante sólo a seis leguas de Querétaro— con la confianza de que sus habitantes eran leales al general Tomás Mejía y que en ella, el enemigo no podría seguirlos, ya que podrían levantar una fuerza en sus pueblos, que facilitaría el empleo de un camino abierto hacia el Golfo de México, ya que en el puerto de Veracruz se encontraba la corbeta austriaca *Elisabetta*, al mando del capitán Groller, que fácilmente podría llegar a Tuxpan, que era el puerto más próximo al que se podía arribar por la Sierra Gorda.

En el resumen del triste estado al que habían llegado las cosas para los imperialistas, Basch advertía las reflexiones que obligaban a preguntar la razón por la que Maximiliano no había abandonado Querétaro desde antes. La respuesta se encontraba en el carácter del príncipe, que había dejado bien puesta su condición de soldado y soportado las penalidades inherentes, al grado de actuar como un héroe, que había experimentado una grave traición y que —no obstante— en el consejo de guerra se tomó la decisión de intentar la salida de la ciudad sitiada, a la medianoche del 14 de mayo; preparándose para marchar, pero que después de las diez de la noche hubo un nuevo consejo de guerra, en el cual el general Méndez obtuvo que se difiriera la salida, para intentarla la noche siguiente.

Varias horas después de lo señalado, Basch agrega que hacia las tres y media de la mañana su paciente lo mandó llamar por estar sufriendo un fuerte cólico, que era resultado de la pésima alimentación vinculada a la influencia epidémica que había propiciado la disentería en el campamento, por la cual el emperador acababa de caer enfermo. Su atención requirió cerca de una hora hasta calmar los dolores. Al regresar a su habitación se

³⁰⁹ *Ibidem*, pp. 72-79.

mantuvo vestido en la cama hasta que entraron repentinamente a su habitación dos hombres buscando al príncipe Salm.

Ese hecho —advierte Basch— le hizo comprender que algo extraordinario estaba ocurriendo, por lo que despertó a su criado y le mandó ensillar su caballo. Al correr al aposento del príncipe Salm, este le recomendó: “Corra usted, nos han sorprendido, diga al capitán austriaco del estado mayor que haga montar sin tardanza a los húsares”.

Momentos después de lo señalado, el escritor advierte que llegó Severo —criado mexicano de Maximiliano— a decirle que el príncipe quería hablarle. En respuesta se apresuró hacia su habitación, encontrándolo vestido y quien —armado con sangre fría— le dijo: “No será nada, el enemigo ha de haber entrado a la huerta. Vaya usted a tomar sus pistolas, y sígame a la plaza”.

A la escena que antecede, Basch agrega que —según el relato del mayordomo Grill, que escuchó en la prisión— después de haber oído de labios del príncipe Salm que el enemigo había entrado ya al lugar en el que se encontraban, el archiduque ni por un instante perdió su tranquilidad y que, mientras terminaba de vestirse, ordenó tener a la mano su sable ya desenvainado, para el caso de que tuviera necesidad de defenderse, demostrando con dicha actitud el temor de que pudiera perpetrarse una agresión en contra de su persona.

A lo anterior Basch agrega que se trasladó a su habitación para tener a la mano su revólver, encontrando en dicho lugar a su criado, quien le informó que no pudo terminar de ensillar su caballo, ya que un oficial desconocido se lo había impedido.

No obstante ello, ya había transmitido a los húsares la orden de montar, lo que le obligó a pensar que le era necesario tener lista su cabalgadura para así poder seguir al emperador.

Consecuentemente ordenó a su criado le siguiese y le mostrase al oficial que se había opuesto a sus órdenes.

Acto seguido lo encontraron en el atrio del convento, envuelto en uno de sus sudaderos —suponemos que al hacer referencia a ese vocablo, se trataba de sus sarapes— lo que le permitió suponer que dicho individuo era uno de sus compañeros, considerando que diez hombres que vestían el uniforme de Supremos Poderes —batallón republicano— eran soldados imperiales, ya que habiendo hecho prisioneros a varios de ellos, luego se habían incorporado a la defensa de la plaza y por eso, no puso en realidad

la necesaria atención del vestuario, lo que constituyó por su parte un grave error del que en un inicio no se había dado cuenta.

De ahí, pidió al oficial que le devolviera sus arneses, confiando en que su interlocutor debía conocerlo, por ser el médico del emperador. Sin embargo, el oficial trató de esquivar su interrogante, señalando que por una escalera que conducía a la azotea del convento, podría encontrar sus sudaderos. Ante tal respuesta se incomodó y echó mano a su revólver, pero el oficial ordenó a sus soldados que lo desarmaran, sintiendo que una corona de bayonetas lo envolvía. Ello le permitió comprender que resistir hubiera sido demencial.

En esas condiciones, acompañado por el oficial y su gente, ascendió por la escalera hasta la azotea del convento, que se encontraba ocupada por soldados enemigos del mismo regimiento de Supremos Poderes. A continuación el oficial le advirtió: “Es usted mi prisionero”. Su brusca respuesta fue: “Ya lo veo”. Después fue registrado en sus bolsillos y despojado del cinturón lleno de oro y de su reloj. Lo único que salvó fue su estuche médico y el libro de sus memorias. En todo ello mantuvo la preocupación de la suerte del emperador, con la esperanza de que hubiera tenido tiempo para escapar.

Sin embargo, fue llevado a la plaza que se encuentra frente al convento, en el que se encontró con un grupo de otros prisioneros que fueron conducidos a la hacienda de Carretas. En el camino fueron incorporados otros prisioneros, entre los cuales se encontraban todos los criados del emperador; reuniéndose el oficial de órdenes de Pradillo, que portaba una bandera blanca, que continuó su marcha acompañado por dragones republicanos. Después se enteró que iba enviado en busca del general Escobedo, para reiterarle que el único que debía ser sacrificado sería el propio Maximiliano, y que se respetase la vida de los demás.

Más tarde, Basch relata que llegaron hasta una hacienda, en la que pidió hablar con el comandante, lo que le fue inmediatamente concedido y a quien informó ser el médico del emperador y que, como anticipaba que también se encontrara prisionero, necesitaba ser conducido a su lado en razón de encontrarse enfermo y necesitar de su asistencia.

Respecto a los pormenores del arresto del archiduque, Basch relata que de oídas se enteró de ellos, por lo que le informaron tanto el príncipe Salm, como el teniente coronel Pitner, que lo habían acompañado hasta el cerro de las Campanas.

En efecto, debe hacerse notar que con base en el testimonio de oídas que Basch reproduce, explica que el archiduque salió del convento acompañado del general Castillo, con el príncipe Salm, el teniente coronel Pradillo y del secretario Blasio, pero al tratar de salir se encontraron con un centinela enemigo que los dejó pasar cuando el coronel José Rincón Gallardo —a quien acompañaba López— le solicitó que intercediera, a lo que accedió, al decirle al guardia: “Que pasen, son paisanos”. Ello permitió al grupo salir y dirigirse hacia el cerro. En el camino se les incorporó el general Mejía, el teniente coronel Pitner, el conde Pachta, el mayor Malburg y el capitán Fürstenwärther. Al llegar al lugar al que se dirigían, advirtieron que todas sus líneas se encontraban ya en poder de los republicanos, con excepción de un pequeño cuerpo de caballería que estaba colocado al pie del cerro, que por momentos se iba desintegrando.

Por el lado republicano, los atacantes aumentaban por todos lados en columnas compactas lanzando fuego; utilizando para ello algunas piezas que habían empleado para su defensa. En esas condiciones, como ya lo había referido Alberto Hans, Maximiliano interrogó al general Mejía si pudieran tratar de salir a la cabeza de un grupo de valientes, a lo que el militar le respondió negativamente. No obstante dicha razón, en cinco diversas ocasiones sucesivas, el archiduque le reiteró la misma interrogación, obteniendo similar contestación.

Ante dicha situación, optó por enarbolar la bandera blanca en señal de rendición y aunque de momento continuó el fuego, finalmente cesó. A ello siguió el arribo del general Echegaray, miembro del ejército atacante, para después llegar el general Mirafuentes, quien recibió la espada de Maximiliano, la cual después le fue devuelta por el general Riva Palacio en el convento de la Cruz, a cuyo mando se encontraba el general Francisco Vélez, quien envió por el propio Basch y los criados del prisionero, a quien encontró en el aposento en el que se le había confinado; recibiendo de él un abrazo envuelto en llanto y notando que en ese mismo lugar se encontraban también Salm, Blasio, Pachta y Pradillo.

Una vez que Maximiliano saliera de su meditación, habló exaltando la conducta de los oficiales enemigos, haciendo referencia particularmente a Escobedo y Riva Palacio. El relator, que obviamente se encontraba prisionero, agrega —sin precisar si estaba o no presente, ni advertir si escuchó o vio— que en la tarde de esa misma jornada, llegaron varios jefes del ejército enemigo —tal vez movidos por la curiosidad de conocer a Maximiliano de Hapsburgo— entre quienes se encontraba José Rincón Gallardo, a

quien identifica como quien esa mañana les había facilitado la salida del convento.

En el relato que Basch atribuye a este último —omitiendo precisar si lo presenció, vio o escuchó— haber referido con detalle cómo habían entrado las fuerzas republicanas con la complicidad de López, agregando que las versiones que éste había propalado —en el sentido de que el archiduque lo había enviado al campo enemigo para negociar— eran solamente falsedades, ya que en realidad, había sido López el que había introducido al primer destacamento del batallón Supremos Poderes, aprovechando un boquete de la pared externa.

En sus apreciaciones, Basch invoca que tal movimiento, había resultado cobijado por la obscuridad nocturna, que impedía reconocer los uniformes que usaba el enemigo y había facilitado al mismo López ordenar a una batería que dirigiese sus piezas contra el convento, al aseverar que un grupo de las tropas imperiales se había amotinado.

La conclusión a la que arriba el relato advierte que tales movimientos permitieron a López apoderarse —sin el menor ruido— del convento, agregando que posteriormente —algunos testigos de vistas— sin precisar quiénes eran, informaron al relator, haber visto a López tener libre comunicación con los oficiales adversarios; destacando que él no estuvo preso ni un momento.

Las reflexiones complementarias que formulaba en su momento Samuel Basch, apreciaban que la defensa de López había sido dictada bajo la influencia directa de Escobedo y del gobierno de Juárez, con el fin de justificar la ejecución del emperador, a quien consideraba un príncipe heroico que había caído en sus manos no en buena lid, sino por la execrable traición, que el gobierno republicano tenía interés en ocultar, en razón de que hubiera descubierto el embuste del general Escobedo al rendir su parte y, de que al reconocer la traición, hubiera impedido al tribunal militar aducir su argumento más importante para terminar sumariamente el proceso, como lo era el haber cogido al emperador con las armas en la mano en el cerro de las Campanas, concluyendo que el papel desempeñado por López ya se había calificado por el mundo como lo merecía, por lo cual su nombre quedaría marcado en la historia con la infamia.³¹⁰

³¹⁰ Basch, Samuel, *Recuerdos de México*. El relato del que damos cuenta forma parte de *op. cit.*, nota 159, pp. 77-105.

VII. INFORME DEL GENERAL DE DIVISIÓN MARIANO ESCOBEDO, DIRIGIDO AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EL 8 DE JULIO DE 1887

República Mexicana. General de división Retirado. Señor presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido a removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el señor Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título El general Miguel Miramón. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas en la plaza de Querétaro por el Ejército Republicano. Estando la narración a que me contraigo, escrita en un color enteramente inexacto, y sobre todo en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma operación, dio lugar a que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital una carta, en la cual me pedía con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa a aquellos sucesos.³¹¹

El informe correspondiente, que desde la capital de la República rindió el 8 de julio de 1887 quien actuaba como jefe del Ejército Republicano, obedeció a la publicación en los diarios de la capital del país de un libro, en el que se daba cuenta de la petición que le dirigiera el anteriormente referido coronel imperialista Miguel López, para que el ameritado jefe del Ejército del Norte, refiriera la verdad de los acontecimientos ocurridos en la plaza de Querétaro durante los momentos finales de la rendición del ejército imperial, dado que venía divulgándose la infame versión que atribuía la victoria de la República, a la traición del propio López, quien fue el mensajero que el príncipe austriaco empleó para que se le permitiera huir y salvar su vida, a cambio de su solemne promesa de no regresar al país.

De ahí que no obstante que ya habían transcurrido veinte años —a partir de esos acontecimientos— el honor militar del general Escobedo le obligó a descorder el velo de aquellos importantes sucesos, para despejar las dudas que pudieran existir en la cuestión militar de Querétaro, por lo que estimó indispensable revelar los detalles de la conferencia que tuvo con el citado López y comunicarlos al Supremo gobierno de la República, con el propósito de que ese histórico documento permitiera fortalecer la confianza del pueblo en los ideales políticos que proclamaba la República, manteniéndolos contra Francia y contra el imperio que ella apoyaba, así como

³¹¹ Rocha, Sóstenes *et al.*, *ibidem*, pp. 173-181.

también en contra de aquellos imperialistas, que sirvieron primero al invasor y después a la usurpación de la monarquía. Su conclusión sobre la participación del repetido López asevera que si bien fue infidente en contra de la patria, no traicionó al archiduque, ni vendió a cambio de dinero su puesto de combate.

Tiene singular relieve que el propio general Escobedo, quien comandaba las operaciones militares sobre Querétaro, reconociera en su informe que en dicha capital se encontraban reunidos los principales contingentes bélicos de la usurpación, con sus mejores generales y jefes, como Miramón, Mejía, Castillo, Méndez, Arellano y otros más, a quienes no obstante ser enemigos de la República, generosamente calificó como valerosos y prestigiados, considerando que en el fragor del prolongado sitio mantenido sobre esa plaza, en ocasiones les fue propicia la victoria, aun cuando efímera, ya que el esfuerzo que inspiraba la República invertía la balanza en su contra; convirtiendo sus resultados en desastres.

De ahí que el destino de los sitiados únicamente tenía la salida de rendirse a discreción o resolverse a morir intentando un asalto que rompiera el sitio a fuego y sangre. Tal circunstancia —en el criterio de Escobedo— no era aconsejable porque el ejército de la usurpación —acorralado en la plaza— carecía de víveres y de municiones, así como de la fortaleza moral y disciplina militar que ya se habían desvanecido en sus tropas, que —además— constantemente desertaban.

El relato del general Escobedo precisa que en las funciones militares de las que era responsable, el 14 de mayo inspeccionaba la línea del sitio y que, hacia las diecinueve horas, un ayudante del coronel Julio M. Cervantes, le comunicó que un individuo procedente de la plaza, se había presentado en el puesto republicano con la pretensión de hablar con él y, que para ello, el propio Cervantes le presentó al coronel imperialista Miguel López, quien se dijo jefe del Regimiento de la Emperatriz, manifestando que se le había confiado una misión secreta que debía desempeñar ante él.

Al aceptar por su parte la entrevista, el recién llegado le manifestó que había salido de la plaza con una comisión reservada que debía llenar cerca él, si así lo permitía. Que al principio creyó que el mencionado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse y que lo secreto de su misión no era más que un ardid de que se valía para intentar hacer más interesantes las noticias que iba a comunicarle sobre el estado en que se encontraban los sitiados; pero que no obstante esa posibilidad,

aceptó escucharlo reservadamente, para lo cual se apartó del coronel Cervantes y de los ayudantes de su estado mayor que le acompañaban.

En el diálogo que sostuvo brevemente con López, éste le comunicó que el emperador le había encargado la comisión de procurar tener una conferencia con él y, que al concedérsela, le hiciera presente que su firme deseo era evitar que se continuara derramando la sangre mexicana por su causa, por lo que estaba determinado a abandonar la plaza, para lo cual pedía se le permitiera salir con personas de su servicio, así como con un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpan o Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría a Europa, asegurándole que en la capital del país había depositado en poder de su primer ministro su abdicación, agregando —obviamente con el propósito de convencerlo— que las propuestas que le exponía eran de buena fe, ya que significaban el compromiso —bajo la palabra de honor de Maximiliano— de que al salir del país, no pisaría de nuevo tierra nacional; reiterando las seguridades se le exigirían, para poder obsequiarlas.

El general Escobedo explica que su respuesta a López fue precisa y decisiva, indicándole que informara al archiduque que las órdenes que le había dado el supremo gobierno mexicano, eran terminantes para rechazar cualquier acuerdo que no fuera la rendición incondicional de la plaza.

Como su interlocutor le precisara que su emperador había anticipado tal decisión, por lo que nuevamente le manifestaba de parte de su soberano, que conocía con certeza a los jefes militares que lo apoyaban y que por la experiencia de éstos, aunada a su valor, estrategia, pericia y la organización y disciplina de sus tropas, podían forzar el sitio y prolongar más tiempo los horrores de la guerra, lo cual sólo generaría más dolor al país, por lo que lo único que deseaba era salir de él.

El general Escobedo apreció que las últimas frases que le dirigía su interlocutor eran notoriamente altivas, por lo que su respuesta indicó que tenía exacto conocimiento de la situación en la que se encontraban los defensores de Querétaro, así como de los preparativos que organizaban para intentar efectuar una vigorosa salida de la plaza, por lo que estratégicamente había considerado la posibilidad de permitirles salir, para que una vez que lo hubieran logrado, caería sobre todos ellos la formidable caballería de su ejército, que dejaría el campo de batalla convertido en lago de sangre imperialista.

Ante la anterior aseveración, el comisionado del archiduque volvió a hablar, para informar a Escobedo que el emperador le había instruido dejar

terminado el asunto encomendado de todas maneras, dado que no quería ni podía ya prolongar inútilmente y por más tiempo la defensa de la plaza, puesto que en efecto, estaban preparadas sus huestes para forzar la línea de sitio, por lo que pretendía detener esa imprudente operación; pero que carecía de certeza de que sus órdenes fueran atendidas por los jefes de su ejército, que para esos momentos ya no obedecían a nadie.

En esa alternativa intentaría ordenar se suspendiera la salida y que, independientemente de que se le obedeciera o no, le hacía saber que a las tres de la mañana ordenaría que fuerzas defensoras del Panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento que ahí existía, pidiéndole al jefe republicano se esforzara en apoderarse de ese lugar, en el que se le entregaría prisionero sin condición.

Ante tal pronunciamiento, el propio general Escobedo explica las dudas con las que él escuchaba las anteriores proposiciones, por lo que con franqueza se las explicó al emisario del archiduque, quien inmediatamente replicó que sólo cumplía las estrictas órdenes que había recibido. Al retirarse, el propio López llevaba noticia al archiduque, de que con o sin resistencia, a las tres de la mañana se ocuparía la Cruz.

A continuación, el jefe del Ejército del Norte explica que tomó a su cargo la responsabilidad de los acciones que había que ejecutar. Impartió las órdenes precisas a los jefes de línea y puntos, para que se emprendiera la operación sobre la plaza; comunicando al general Francisco M. Vélez, los términos de la conferencia tenida con el representante de Maximiliano, pero únicamente en lo concerniente a la comisión militar que debía desempeñar, para llevar adelante la operación para ocupar la Cruz, proporcionándole la asistencia de los batallones Supremos Poderes, mandado por el general Pedro Yépez, y el de Nuevo León, cuyo jefe accidental era el teniente coronel Carlos Margáin, por estar herido el coronel Miguel Palacios, precisando la concurrencia de varios asistentes, con instrucciones expresas para que le comunicaran todo aquello que fuera indispensable conocer, de manera que si requería el apoyo de otras fuerzas, pudiera proporcionarlas.

Cumplido lo anterior, Escobedo explica que personalmente acompañó al general Vélez —con su columna— hasta donde se encontraba formada la línea avanzada del sitio, dándole instrucciones de los lugares precisos sobre los cuales debía iniciar la operación que le encomendaba, con la confianza de que lograra alcanzar su objetivo, incluyendo las órdenes para

que si lograba posesionarse De la Cruz y ahí encontrara al archiduque, lo hiciera prisionero de guerra, tratándolo con las consideraciones debidas.

A la vez, Escobedo previno al mencionado general Vélez, que era de posible que en la acción ocurriera alguna traición, por lo que en esa alternativa, dirigiera su acción de manera que evitara caer en un lazo, tal vez bien premeditado. En tal alternativa, ordenó al coronel Julio M. Cervantes que con el Batallón Cazadores cubriera su línea y estuviera alerta, para que con su brigada ejecutara los movimientos que se le ordenaran con sus batallones 4o., 5o. y 6o. Asimismo, se dieron órdenes a los generales Francisco Naranjo y Amado A. Guadarrama para que estuviera brida en mano, preparada la caballería que comandaban, para actuar a primera orden.

En su momento, Escobedo explica que la acción llevada a cabo por el general Francisco Vélez se ejecutó con la oportunidad requerida y con plena satisfacción de las órdenes que le había impartido. Que no obstante ello, en razón de que se retrasaba el parte de la acción encomendada, tal dilación provocó su impaciencia al grado que lo impulsó a dirigirse al lugar de la acción y, al entrar al panteón, el teniente coronel Lozano le informó haber ya ocupado aquel punto del enemigo.

En consecuencia, despachó órdenes para que si lo estimaba conveniente, avanzara hacia un punto más al centro de la ciudad y, a los generales Naranjo y Guadarrama para que con la caballería amenazara el cerro de las Campanas.

También ordenó al coronel Julio M. Cervantes —a quien designara previamente como comandante militar del Estado— que avanzara con la columna por San Sebastián, de manera que también amagara el mencionado cerro de las Campanas. En cuanto a las órdenes que impartió al general Sóstenes Rocha, le requirió para que estuviera listo con su columna, para presentarse en el punto donde fuera necesaria su asistencia.

En el relato vertido por el general Escobedo, se considera la noticia del éxito de los ejércitos republicanos en la toma de la Cruz, que inmediatamente se esparció entre los sitiados, al grado de provocar un pánico horroroso, que generó una confusa desbandada que tomaba dirección hacia el cerro de las Campanas, en el que ya se encontraba el archiduque, que había salido caminando de la Cruz, con los generales Mejía y Castillo. A todo lo anterior, agrega que al amanecer el día 15, las fuerzas de su ejército —que guarnecían las alturas del Cimatario— descendieron de la colina para asaltar la Casa Blanca.

A esas alturas de las acciones bélicas, el comandante supremo ordenó que sus fuerzas se abstuvieran de entrar en la plaza, salvo la columna del general Vélez que había tomado el convento de San Francisco y, la brigada comandada por el coronel Julio M. Cervantes, a quien ordenó ocupar la plaza y diera garantías a las familias, así como evitara cualquier desorden. Para ello se le otorgó facultades para poner en práctica las acciones represivas que estimara necesarias.

El mismo relato da cuenta de que a las seis de la mañana su ejército ocupaba ya la línea interior de defensas de Querétaro, agregando que el archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo le entregó su espada, que recibió como general en jefe del ejército de operaciones, en nombre de la República. A lo anterior agrega parcamente que todos los generales, jefes, oficiales y tropa que defendían Querétaro quedaron hechos prisioneros de guerra y puestos a disposición del supremo gobierno para que dispusiera de su suerte.

El informe del general Escobedo agrega que una vez que habían culminado las acciones militares —el 18 de mayo recibió un mensaje enviado por el archiduque en el que solicitaba hablar personalmente con él— y en la entrevista a la que accedió, aquél le informó su interés de ir a San Luis Potosí —si se le permitiera— para hablar con el presidente Juárez, a fin de informarle importantes secretos que tenían significación para el futuro del país. No obstante su respuesta negativa —por carecer autorización para concederla— le ofreció enviar un mensaje telegráfico al supremo gobierno pidiendo instrucciones. Ante la anterior contestación, el archiduque mostró su contrariedad, aun cuando agregó con modo insinuante que, agradecería que el señor Juárez conociera su deseo. No obstante, Escobedo le concedió permiso para que el coronel López pudiera verlo, previo aviso del cuartel general.

A continuación, el mismo jefe supremo de las fuerzas republicanas se planteaba como reflexión, que el repetido López no le había mal informado en la entrevista que habían sostenido, aun cuando Maximiliano no se había entregado como prisionero en la Cruz.

El mismo relato agrega que, el siguiente día 24 se presentó nuevamente López, quien pedía permiso para hablar en privado con él. Al aceptar, aquel le informó “que el emperador le suplicaba conservara el más impenetrable secreto sobre la conferencia tenida con su comisionado la noche del 14, dado que le permitiría conservar su prestigio, que estimaba se desmeritaría si se conocieran las particularidades de aquella entrevista”. La respuesta

de Escobedo expresó notoria indiferencia en guardar tal reserva, por considerar que carecía de consecuencias para su honor y el de su causa, aun cuando advertía que al propio López si le afectaría, ya que sus compañeros lo acusaban de haber sido desleal para con el archiduque, al cual consideraban había vendido miserablemente.

Esta versión es la que provocó el informe del propio Escobedo, “ya que parecía sorprendente que a esas alturas de los acontecimientos, el archiduque pretendiera salvar —a toda costa— el honor, impidiendo se supiera que había solicitado la gracia de su libertad, a cambio de su promesa de abandonar el territorio nacional”.

Luego de la anterior observación, el informe de Escobedo destaca que López respondió con cierto desdén; considerando que carecía de importancia el criterio que se había formado ya con respecto a su propia conducta, agregando que por lo que a él correspondía, guardaría silencio, ya que antepone los intereses del emperador; advirtiendo que tenía un documento que despejaba cualquier duda que pudiera existir sobre su actuación, consistente en una misiva del puño y letra del propio archiduque, que puso a su vista y decía: “Mi querido coronel López: Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga, quedará mancillado nuestro honor. Vuestro afectísimo. Maximiliano”.

Para concluir, Escobedo observa que el día 22 de mayo del mismo año —1867— recibió las órdenes del supremo gobierno, para que los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía y el archiduque Maximiliano de Habsburgo fueran juzgados por la ley del 25 de enero de 1862, destacando que del repetido convento de la Cruz, habían ordenado el traslado de los prisioneros al de Teresitas —por tener más amplitud— y que, posteriormente los pasó al convento de Capuchinas —por considerarlo más cercano a su propio alojamiento— además de gozar mejores condiciones de seguridad y comodidad.

Ello permitió al archiduque conversar con él, al grado que llegó a preguntarle cuál sería el tratamiento que daría el gobierno republicano a los defensores de Querétaro.

La respuesta vertida por el jefe de las armas republicanas precisaba que, su interlocutor conocía la ley por la que se ordenaba se les juzgara, lo que le debía hacer entender que el supremo gobierno estaba decidido a cumplir dicha preceptiva.

De manera singular Escobedo advierte que ello impactó al archiduque, que restituyó su conducta triste, advertida desde la caída de la plaza, al grado que revelaba el sufrimiento físico y moral producido por la desgracia que padecía; pero que no obstante esa circunstancia, aún esperaba se le concediera el favor requerido por conducto del coronel López, de guardar discreción sobre la mencionada petición que por medio de tal enviado había propuesto, ya que con la conciencia de que sería condenado a muerte, temía que la historia lo juzgara como un cobarde.

La respuesta de Escobedo se produjo al manifestar que no tenía interés en revelar nada de lo pasado, pero que en verdad debía dirigir su petición a López, que era quien pudiera resultar agraviado. No obstante, ante tal actitud, Escobedo menciona que la respuesta del príncipe le conmovió, ya que además de encarcelado, con una salud que se encontraba evidentemente mermada; se había ya convencido de encontrarse en condiciones cercanas de ser condenado a sufrir la pena de muerte; sin embargo, en esas ingratas condiciones, conservaba el prurito de mantener —aun después de muerto— un prestigio inmaculado.

Todo ello le impulsó a ofrecerle al prisionero, que mantendría el secreto que le pedía, en tanto que las circunstancias no le llevaran a descender el velo con el que hasta entonces se habían mantenido fuera del conocimiento público, los sucesos ocurridos el 15 de mayo de 1867, que aceleraron la toma de la plaza de Querétaro y, para concluir, le informa al presidente de la República que el relato vertido ha sido tomado del Diario de operaciones del cuartel general del ejército que se encontraba bajo su mando, y que los hechos que relata constituyen la verdad histórica, que depositaba en manos del supremo magistrado de la nación, para los fines que creyera más convenientes. El documento se encuentra firmado en México, el día 8 de julio de 1887, por el general de división retirado, Mariano Escobedo.³¹²

Al tener presente el informe vertido por el general Mariano Escobedo, resulta evidente que rechaza plenamente la versión de que la traición de la que se acusaba a López, hubiera sido el factor determinante del triunfo de las armas republicanas, con la consecuente entrega de la plaza sitiada.

José María Vigil, en la obra coordinada por Vicente Riva Palacio, se ocupa de narrar y examinar los mismos acontecimientos que referimos en las líneas precedentes; advirtiendo que el relato expuesto por el general

³¹² Vigil, *op. cit.*, nota 48, pp. 234-236.

Escobedo resulta decisivo para establecer un criterio, no sólo por su jerarquía militar, sino además porque su actitud se encontraba exenta de cualquier interés para proporcionar elementos que justificaran a López, a costa de la reputación del príncipe austriaco, encontrando que aquél solamente fue un agente enviado y utilizado por Maximiliano y que si existe alguna responsabilidad por el desarrollo de tales sucesos, ésta debe recaer exclusivamente en el archiduque.

Sin embargo, el mismo cronista tiene presente que los hechos resultan propicios para realizar un doble examen, previniendo las principales objeciones que pudieran anticiparse sobre el informe del general Escobedo, apoyadas simplemente en el prestigio que le atribuían al carácter del archiduque, considerándolo incapaz de cometer una conducta desleal, indigna de su rango y de su nombre.

Ahora bien, resulta necesario reconocer que la posición del príncipe enfrentaba criterios contradictorios sobre las decisiones a tomar, pues los jefes militares que le asistían formulaban diversas actitudes, unos estaban decididos a romper el sitio, otros a resistirlo; varios apoyaban la propuesta de entenderse con los republicanos y desde luego, había quienes se negaban a intentarlo.

Ante tales disyuntivas, José María Vigil aprecia que no puede calificarse como inverosímil que enviase a López cerca del general Escobedo, para poner fin al sitio de Querétaro, concluyendo que si tal decisión implicaba una traición a sus colaboradores, al no ofrecer más que su salida del país con la solemne promesa de no regresar él ni intervenir de manera alguna en sus asuntos, tal alternativa era natural, con vista de las disposiciones de los jefes imperialistas y particularmente lo que decían en su carta de 14 de mayo:

A la altura en que se encuentra la cuestión militar que debatimos, los que suscriben propondrían a Vuestra Majestad desenlazarla, pactando una capitulación con el sitiador, término legal y honroso para casos semejantes, establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados. Mas esto no es posible cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fe y sin honor, que tiene por principio violar las capitulaciones que celebra, como lo hizo en Puebla, Guadalajara y Colima; que asesina en las tinieblas de la noche a sus prisioneros, sin respetar sus heridas, y que levanta sangrientas hecatombes con los vencidos como la de San Jacinto.

El mismo historiador que se consulta, advierte que la postura y encono manifestado en las palabras que se transcriben, no permitían camino alguno para negociar; calificándolas como falsas, pues los hechos confirman que en Guadalajara no se pactó capitulación, en razón de que los imperialistas abandonaron la plaza al haber sido derrotados en la Coronilla; destacando que los prisioneros nada tuvieron que sufrir de los republicanos.

Por lo que se refiere a las capitulaciones de Colima y de Puebla, agrega que las mismas se observaron fielmente por los jefes que las pactaron. Al hacer referencia a los fusilamientos de San Jacinto, el historiador los aprecia como resultado de otras circunstancias, en las que estuvo ausente la violación de pacto alguno.

Como conclusión, José María Vigil afirma que correspondía al mismo Maximiliano intentar secretamente la negociación individual que encargó a López, pues de otra manera, de haberse sabido por sus propios jefes, era muy posible que lo hubieran desconocido.

No deja de considerar quien eso escribe que podía verse en esa alternativa la subsistencia de la traición de parte del archiduque, ya que de aceptarse su propuesta, hubiera quedado asegurada su libertad personal, mientras que entregaba sin garantía a sus propios partidarios, que resultarían las víctimas de sangrientas represalias.

En conclusión, el historiador rechaza esta visión al destacar que Maximiliano comprendía con entera exactitud que en su propia persona residía el nudo de la cuestión, puesto que él era el principal responsable de todo lo que había pasado y que, una vez que resultara eliminado de la contienda, el respeto que se tuviese a su vida, tendría que extenderse necesariamente a sus subordinados, ya que habría sido inexplicable inconsecuencia que se hiciese pesar sobre los últimos, el rigor de la ley de que se exceptuaba al primero. Así es que al pactar Maximiliano su libertad, quedaba implícitamente pactada la libertad de todos los suyos.³¹³

A mayor abundamiento, el mismo historiador responde negativamente a la reflexión que plantea, en cuanto a que pudiera calificarse como desleal e indigno de un carácter caballeresco, el hecho de que el archiduque procurase entrar en arreglos con el enemigo, puesto que en la mencionada carta de 14 de mayo, sus redactores aseveraban que una capitulación:

³¹³ *Ibidem*, pp. 376 y 377.

Para casos semejantes es el término legal y honroso establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados.

Culmina el análisis vertido por José María Vigil, en la obra coordinada por Vicente Riva Palacio, al concluir que Maximiliano veía con claridad los acontecimientos, por encontrarse libre de las preocupaciones que aquellos abrigaban contra los republicanos; asimilando el criterio de que intentar romper el sitio, lo conduciría al encuentro de una espantosa catástrofe, que provocaría un inútil derramamiento de sangre de millares de hombres.

Las probabilidades de una derrota se habían transformado en certeza. De ahí que resultaba lógico —en el criterio del historiador— que el archiduque buscara una solución menos desastrosa. En ese punto de vista encuentra el sentido de las palabras de las que da cuenta el doctor Basch, al relatar que pocas horas después de la ocupación de la plaza, se trasladó al convento de la Cruz en el que ya se encontraba preso Maximiliano, quien después de haberle abrazado llorando, se repuso de pronto y después del silencio afirmó en tono tranquilo: “Estoy contento de que todo haya pasado sin que hubiese derramamiento de sangre. He obrado como me había propuesto hacerlo”.³¹⁴

No debemos soslayar que, de acuerdo con lo previsto por el artículo 28 de la Ley de 25 de enero de 1862, el general Escobedo tenía facultades para ejecutar en el momento de su aprehensión, al usurpador extranjero —capturado *in fraganti* delito en acción de guerra— sin embargo, como el propio jefe militar sabía que el destronamiento del príncipe austriaco iba a tener resonancia no sólo en la República, sino particularmente en el Viejo Continente, obró con inteligente cautela y puso a los prisioneros a disposición del gobierno general, que resolvió lógicamente que Maximiliano debía ser juzgado en los términos previstos por la mencionada ley. Para ello fue remitido al exconvento de Capuchinas, con sus jefes militares Tomás Mejía y Miguel Miramón.

³¹⁴ *Idem.*

VIII. LA PRINCESA DE SALM-SALM

Inés Le Clerq, hija de franceses nacida en Nueva York, celebró nupcias con Felix Constantino Alejandro, príncipe austriaco de Salm-Salm, quien tuvo una muy cercana colaboración con el archiduque Maximiliano como ayudante de campo, acompañándolo también como prisionero en sus últimos días. Su esposa la princesa llegó a conspirar la fuga del reo principal y tuvo oportunidad de rogar por la vida del príncipe al general Escobedo, hasta llegar con la misma súplica al presidente Juárez. Este acontecimiento es relatado por ella misma en su *Diario*, en los siguientes términos:

Llegó la víspera de la ejecución; en la próxima mañana el emperador había de ser fusilado. Aunque tuve poca esperanza, sin embargo quise hacer otro esfuerzo para enternecer el corazón de aquel hombre, de quien dependía la vida del emperador, cuyo rostro pálido y cuyos ojos azules y melancólicos que habían hecho una impresión aun en el mismo Palacios, me estaban mirando continuamente.

Eran las ocho de la noche, cuando fui a ver al señor Juárez quien me recibió al momento. Estaba muy pálido y parecía padecer mucho. Con labios temblorosos imploré la vida del emperador, o a lo menos una suspensión de la ejecución. El presidente dijo “que no podía conceder ninguna suspensión, para no prolongar la agonía del emperador, quien debía morir en la mañana del día siguiente”.

Al oír estas palabras terribles, no pude dominar mi dolor. Temblando y sollozando caí de rodillas. Rogaba con ardientes palabras que provenían del corazón, y que en este momento no recuerdo.

El presidente hizo esfuerzos para alzarme, mas abarqué sus rodillas y no quise levantarme, hasta que no me concediera la vida del emperador; pensé que *debía* ganársela luchando. Vi que el presidente estaba conmovido; tanto él, como el señor Iglesias, tenían los ojos humedecidos de lágrimas. Me dijo con voz baja y triste: “Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida. No soy yo quien se la quito; es el pueblo y la ley que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida a él, y aun pediría la mía también”.

¡Oh! Exclamé desesperada, si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país.

Todo era en vano. El presidente me alzó y volvió a repetirme que la vida de mi marido no corría riesgo, que en efecto estaba sumamente comprome-

tido, de suerte que debe ser condenado a la pena de muerte, pero por haber llegado a estimar y admirar mis nobles acciones, lo mismo que los grandes sacrificios que he hecho para salvar al emperador y a mi esposo, y sintiendo sobremanera no poder concederme todo cuanto le pedía, haría cuanto pudiera en mi favor, y que podía estar segura de que no se tocaría a la vida de mi marido. Salí del aposento bastante agradecida al presidente.³¹⁵

IX. RECTIFICACIÓN DE LAS CONCLUSIONES DE LUIS PÉREZ VERDÍA

Por su parte, el historiador Luis Pérez Verdía, al referirse al sitio de Querétaro destaca que los defensores tenían conciencia de que las acciones militares estaban acercándose a su fin. Acogiendo la versión del coronel Miguel López —de quien ya hemos hecho amplia referencia— que como jefe del campamento de la Cruz, había entregado al enemigo esa posición en la madrugada del 15 de mayo —último día de las acciones— sosteniendo que lo había hecho por instrucciones de Maximiliano, quien había logrado retirarse hasta el Cerro de las Campanas. El relato agrega que en ese lugar, estando acompañado por varios jefes y del Regimiento de la Emperatriz, cuestionó a Mejía si creía factible romper el cerco y encontrar una línea de escape. La respuesta le advirtió que era imposible pasar, pero que si así lo ordenaba, intentarían hasta lo imposible para lograrlo, ya que se manifestaba pronto a morir. Ante tal expectativa, ordenó izar la bandera blanca y comisionó se localizara al general Escobedo. Antes de que este jefe llegara al cerro de las Campanas, se presentó el general Corona, ante quien se declaró prisionero, por lo que fue conducido ante aquel, a quien entregó su espada.

Pérez Verdía acoge originalmente la versión de la traición de López, atribuyendo a ese acontecimiento, el propósito de privarle la gloria a la acción militar llevada a cabo durante la jornada; haciendo recaer sobre el propio López y en Maximiliano dicha mancha. En su relato destaca la falta de armonía que derivaba de la notoria rivalidad existente entre los jefes militares del imperio, que decidían una acción, que resultaba frustrada por la falta de cooperación de las fuerzas de alguno de ellos. Tal aspecto confirmaba la ausencia de unidad de mando, aunada a la carencia de autoridad por parte de Maximiliano, a quien inicialmente atribuyó el haber pactado ocultamente la entrega de la plaza, por la supuesta decisión de evitar ma-

³¹⁵ Princesa de Salm-Salm, *Diario*, incluido en *op. cit.*, nota 159, p. 164.

yor derramamiento de sangre, con lo que consideraba que evitaría su fusilamiento y el de sus principales generales, aseverando que al general Corona le afirmó que los jefes le acompañaban por haber seguido su propia suerte, por lo que anhelaba no se les infligiera daño alguno, ya que si se necesitaba una víctima podía ser él, a fin de que su sangre fuera la última que se derramara en el país.

El mismo historiador apunta —en nota de pie de página— la rectificación del criterio que había expuesto. Manifiesta que después de meditar tranquilamente sobre acontecimientos que necesariamente eran nebulosos, y orientado por el análisis vertido por su inteligente y caballeroso amigo Fernando Iglesias Calderón, se separaba del criterio que había expuesto anteriormente sobre la inocencia de Maximiliano; esto lo conducía a decidir una diversa conclusión de aquella otra que había aceptado en la segunda edición de su relato histórico, ante el testimonio del general Gayón, quien afirmaba que el propio Maximiliano le había aseverado: “Miguel López ha entregado la plaza, es un traidor, y que ante otras personas a quienes dio la misma información se expresó de igual modo”. El historiador ahora considera que no es creíble que interesado en que López callara el secreto, modificara su actitud y la culminara denigrándolo, al grado de que con ello pudiera obligarlo a revelar acontecimientos que no le convenían.

De ahí que el conocimiento de la verdad histórica, que en un principio ignoraba, le permitieron cambiar de parecer, aunándolos a la versión resultante del licenciado Ignacio Álvarez, devoto imperialista testigo presencial en las Campanas, momentos antes de la ocupación por los republicanos, en la que afirma que el emperador sabía haber sido traicionado, pero que hasta ese momento no se imaginaba quién era el responsable de ello, manifestando sospechas que tenía sobre otro jefe cuyo nombre tenía apuntado en su cartera desde el 5 de mayo, de lo que resulta que con esa coartada intentaba establecer una presunción que no incriminara a López, de manera que no se le hiciera ese cargo que le obligara a defenderse y rebelar el secreto que Maximiliano le había confiado.

El propio historiador agrega que el fiscal Aspíroz, asegura que ya preso Maximiliano le informó: que el traidor no había sido López, sino Márquez. El historiador tiene presente que en el expediente formado en 1902 por la Junta de Auténticas de México, quedó plenamente evidenciado que López visitó a Maximiliano en la prisión, lo que se considera no sólo significativo, sino más que relevante, ya que el prisionero no hubiera aceptado entrevistarse con quien lo había traicionado y que ese y otros indicios confir-

man el informe posterior del general Escobedo, en el que asevera que el mismo archiduque le hizo saber que la ciudad se había entregado según sus instrucciones, por lo cual aseguraba que López no lo había traicionado, ni había vendido por dinero su puesto de combate. A tal aseveración, Pérez Verdía destaca que el jefe del Ejército del Norte aglutina en su informe, su propia y reconocida honorabilidad, así como la total ausencia de interés en que la entrega de la plaza fuere resultado de la orden del príncipe, o sin su conocimiento.³¹⁶

X. CRITERIO DE JOSÉ MARÍA VIGIL

José María Vigil también externa su criterio, mostrándose solidario de la narración vertida por el general Escobedo, ya que considera la indispensable respetabilidad que se le debe a su carácter e investidura, sino también a que carecería del más elemental interés para justificar a López en perjuicio del príncipe austriaco, cuyo temperamento encontraba profundas diferencias de criterio y estrategia entre los jefes militares que le eran adictos, quienes manifestaban distintas actitudes ante los acontecimientos, pues mientras unos eran partidarios de establecer contactos para un armisticio con los adversarios republicanos, otros —movidos básicamente por el rencor del que Maximiliano no participaba— eran adversos por apreciarlas imposibles.

De ahí que dicho historiador aprecia la verdadera posibilidad de que Maximiliano destacara a López, para dialogar con el general Escobedo a fin de concluir las operaciones militares del sitio. No obstante, también aprecia que al disponer unilateralmente tal decisión, ella no podía entrañar una traición contra los suyos, ya que su única propuesta era que se le permitiera la salida del país a cambio de la solemne promesa de no volver a intervenir de manera alguna en sus asuntos.

En apoyo de esa perspectiva, Vigil tiene en cuenta que en carta de 14 de mayo, algunos de los jefes militares le proponían el desenlace mediante una capitulación con el sitiador, que se apreciaba una condición legal y honrosa para circunstancia similares, que estaba inspirada en los principios humanos que se encontraban sancionados por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados.

³¹⁶ Pérez Verdía, Luis, *Compendio de la historia de México*, 7a. ed., Guadalajara, Librería y Casa Editorial Font, 1935, pp. 534-538.

Por el contrario, otros jefes también militares anticipaban que no era posible la capitulación cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fe y sin honor. De estas últimas palabras, resultaba evidente que se encontraban cerradas las posibilidades de una negociación.

De ahí que la decisión del archiduque para proceder secretamente, evitaba el riesgo de que los militares pudieran llegar a desconocerlo y con la plena conciencia de que el nudo de la cuestión radicaba en él mismo, que era el principal responsable de todo lo que acontecía. Su última esperanza era pactar su libertad, que tendría como consecuencia la de quienes le habían apoyado.

Como síntesis, Vigil aprecia que López fue solamente un emisario de Maximiliano, y que si en realidad existiera alguna responsabilidad por esos acontecimientos, el único responsable era el archiduque, quien finalmente, preso en el Convento de la Cruz —según lo había relatado el doctor Basch— después de haberlo abrazado, llorando, rompiendo luego el silencio, dijo en tono tranquilo: “Estoy contento de que todo haya pasado sin que hubiese derramamiento de sangre. He obrado como me había propuesto hacerlo”.

En la conclusión de Vigil, tiene presente que las órdenes que había recibido Escobedo eran terminantes para negarse a entrar en negociaciones con los imperialistas.

De ahí que su respuesta fuera tajante en el sentido de aceptar como única condición que ella fuera incondicional; calculando que entre las conjeturas que se había forjado el archiduque, jamás anticipaba que de caer prisionero su vida quedara expuesta al peligro.

En esa observación, el historiador se apoya en el criterio de Masseras, quien hacía notar la apacible tranquilidad con la que Maximiliano escribía desde su prisión, esperando sería trasladado a un puerto del que partiría de regreso a Europa.

Dicha actitud posiblemente se transformó durante las últimas horas de su vida, ya que en sus mensajes a Viena manifestaba que no obstante haber sido hecho prisionero de guerra, “se le trata de una manera que en nada viola las leyes y costumbres de los pueblos civilizados”. Esta manera de expresarse quizá pudiera apoyarse en su conocimiento de las gestiones que realizaban los soberanos de Austria, Francia e Inglaterra, para que se respetara su vida y libertad. Finalmente, Vigil aprecia el empeño y sigilo que el príncipe austriaco puso, para que se guardase silencio sobre la enco-

mienda que dio a López, ya que de haberse enterado, sus partidarios la hubiesen apreciado desfavorablemente.³¹⁷

XI. VERSIÓN ORIGINAL DEL PROPIO MIGUEL LÓPEZ

Muchos interesados acusaron al coronel Miguel López de haber traicionado a Maximiliano en Querétaro —obviamente con el propósito de entregar la plaza sitiada al ejército republicano— acogiendo esa versión, con el ánimo de argumentar la incapacidad militar de los hombres que actuaban bajo el mando del general Mariano Escobedo, así como para demeritar el enorme esfuerzo que habían realizado los mismos sitiadores durante la larga y penosa jornada bélica que vivía el país. Dentro de esa perspectiva, en los párrafos que anteceden hemos tomado en consideración diversas versiones sobre los acontecimientos con los que sobrevino la rendición del ejército imperial en Querétaro, entre los cuales se propalan enfáticamente, aquellos testimonios de los que hemos dado cuenta, que acogen la existencia de la traición. Sin embargo, resulta objetivo verificar que en esa versión no se valoriza la dramática situación que padecían aquellos que se encontraban dentro de dicha población, que día a día, constataban la merma de los elementos de su defensa. A la vez, consideraban que los efectivos de los sitiadores aumentaban constantemente y que, en esas circunstancias, era irremediable que alcanzaran la victoria definitiva.

En vista de lo señalado, para culminar los testimonios recogidos, ahora conviene escuchar la voz de aquel a quien se acusa de la infame traición: Miguel López, quien, apenas un mes después de haber concluido el proceso con la ejecución de Maximiliano y sus principales aliados, los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, dirigía un enérgico relato en defensa de su honor y del nacional, que concluía retando a sus detractores para probar lo que él calificaba como la espantosa acción que se le imputaba, ya que consideraba que “no había sido traidor sino desgraciado”.

En efecto, López hacía referencia a que en el periódico de Puebla denominado *La Hoja Suelta*, así como en uno de París intitulado *La Franje* y, también en dos de Estados Unidos conocidos como el *Tribune* y el *Courier des Etats Unis*, además de las murmuraciones que corrían tanto en México como entre los prisioneros de Querétaro, se decía que en las acciones

³¹⁷ Vigil, José María, *op. cit.*, nota 48, pp. 376-378.

correspondientes al sitio de la mencionada ciudad, había vendido el punto militar de la Cruz, que constituía el hecho que había permitido la derrota de la plaza, con todas sus tristes consecuencias y que tales acusaciones le obligaban a dirigirse al pueblo de su patria, al de Francia, así como a todo el mundo, dado que todos ellos estaban enterados de lo que ahí había acontecido, al grado de que con conocimiento de las circunstancias, pretendía que se le juzgara, con la confianza de que la conciencia pública lo exonera de la infame mancha que habían intentado ponerle en la frente, ya que aseguraba “no había cometido traición”, ni faltado a sus deberes como soldado y amigo.

A partir de dichas afirmaciones, López narra que en todos los intentos realizados por el ejército sitiado, para romper el cerco que les confinaba, había tenido numerosas bajas, al grado que permanecían dentro de la ciudad ochocientos heridos, cuyo número podía dar el índice proporcional de los muertos, que incluía a muchos jefes y oficiales. En consecuencia, tantas bajas habían producido la desmoralización del ejército sitiado, que aumentaba rápida y progresivamente.

A la vez, los víveres se habían terminado y la tropa se alimentaba apenas con carne de caballo, sin pan ni tortilla, y con nopal cimarrón. Esa situación desmeritaba el vigor físico de los soldados; provocando un desaliento general, que hacía anticipar la inevitable derrota que ya se aproximaba, no obstante el ánimo que pretendía infundirles el infortunado Maximiliano.

A mayor abundamiento, López observaba que el parque que se construía en la maestranza de la ciudad era de pésima calidad, careciendo la pólvora del poder explosivo que necesariamente se requería y que esos factores coadyuvaban a la desmoralización general.

En el ambiente de profundo pesar que envolvía la condición de los sitiados, López asevera que en la noche del 14 de mayo fue consultado por el desgraciado archiduque, para conocer si tendría ánimo para salir en busca del enemigo, con el propósito de tratar con él. Ante su respuesta afirmativa, le mandó que con profunda reserva saliera, a fin de solicitar se le concediera permiso de salir con el Regimiento de la Emperatriz, así como con unas cuantas personas más de su séquito.

Cumpliendo con dicha orden, con las formalidades que se emplean para recibir a un parlamentario, fue presentado al general en jefe Mariano Escobedo. La conferencia que con él sostuvo no duró siquiera cinco minutos, en la que pudo expresarle el deseo del archiduque, a lo que el jefe

republicano contestó que le informara que carecía de facultades de parte de su gobierno, para obsequiar tal petición, como tampoco podía conceder garantías, sino obligarlo a que se rindiera a discreción o batirlo. Que ante tal respuesta, se retiró y regresó a su campo hacia la medianoche; advirtiéndole que Maximiliano lo esperaba, procediendo a interrogarlo sobre el resultado de su misión y si había dialogado con el mismo general en jefe.

Al conocer la respuesta, con notorio desconsuelo el príncipe austriaco dio órdenes para que desensillaran los caballos de su séquito, que obviamente se encontraban preparados para la salida. De ese relato, López concluye que la decisión del general Escobedo destruyó la última esperanza de Maximiliano, tomando en cuenta que la salida del ejército ya era imposible, aunado al estado de absoluta desmoralización y hambre que le afectaba.

Una vez ocurrido lo relatado, cerca de la medianoche Maximiliano se recogió en su alojamiento y, después de ello, López asevera que él se quedó en pie para recorrer su línea y que, al volver a la huerta de la Cruz, que era el punto principal de su vigilancia, repentinamente se vio cercado por tropa y oficiales con pistola en mano, que reconoció pertenecían a las filas enemigas que se encontraban bajo el mando del general Francisco A. Vélez, que en el acto le hicieron su prisionero.

A continuación —para distraerlos— le dijo al humanitario jefe militar que lo aprehendía, que cesara el derramamiento de sangre; conduciéndolo hacia el panteón que en dicho lugar existe, lo que le permitió aprovechar que al pasar —por conducto del teniente coronel Yabloski— mandó avisar a Maximiliano sobre la situación, así como la urgencia de que se salvara, ignorando que fue lo que ocasionara al archiduque su retardo en salir.

Hacia el amanecer, el príncipe se presentó con miembros de su séquito, que luego fue rodeado por soldados de la República; pero que el propio López les aseguró que el grupo que salía era de particulares y no de militares, al grado que logró que por esa razón no fueran aprehendidos.

En esas condiciones, Maximiliano salió a pie y que en un momento de confusión —que fue propiciado por el fuego de los soldados republicanos— se apoderó de un caballo abandonado, para alcanzar al desgraciado príncipe, quien le ordenó comunicara a sus tropas que lo siguieran hacia el cerro de las Campanas, invocando en apoyo de esa versión el testimonio del príncipe Salm, de Yabloski, de Pradillo —a quien caracterizaba una veracidad proverbial— del doctor Basch, de José Blasio y dos criados, además de los oficiales republicanos que se encontraban presentes.

En el análisis de la consecuencia de su conducta, López asevera que logró salvar en ese momento a Maximiliano, pero que no puede imputársele traición porque en la línea castrense que se encontraba bajo su responsabilidad, había 1,500 hombres que formaban la brigada de reserva, que constantemente vigilaba todos los movimientos y que, además hubiera necesitado la complicidad de al menos doce o catorce oficiales que mandaban los puntos del perímetro de la Cruz.

La realidad se puede entender en razón de la rapidez y audacia con la que el general Vélez había ejecutado sus movimientos, así como por la forma en la que había sido secundado por sus subordinados, que verdaderamente sorprendieron a los sitiados, obviamente rendidos por la fatiga, combinada con la carencia de relevos, que estimulaban a la vez, el hambre y desaliento que les asediaban.

Vélez se había introducido por una tronera desocupada de la barda, permitiéndole dirigirse a la huerta, de la que se pasaba al convento por una puerta estrecha, pero quien pasara por dicho lugar, corría el riesgo inminente de quedar expuesto al fuego de las alturas.

A lo anterior, López agrega que después de la mencionada puerta se atravesaba un patio y que tanto dicha puerta como el patio —por su colocación— eran susceptibles de una eficaz defensa, que contendría fácilmente a cualquier fuerza asaltante. Para robustecer el relato, quien lo vierte agrega que del alojamiento que ocupaba Maximiliano, partía una escalera hacia la torre y que había un batallón de reserva disponible que dormía al pie de sus armas, que podía ascender a dicha torre y colocarse tanto en la puerta como en el patio antes mencionados, a más tardar en dos minutos.

De ahí que el multicitado López, al advertir que el príncipe dilató cerca de dos horas para abandonar su alojamiento, se pregunta: “¿Por qué ni él, ni el general Castillo, ni sus cuatro ayudantes, ni alguno de los jefes y oficiales que vivían en un mismo claustro junto al emperador, han empleado ese batallón que estaba de reserva o siquiera la guardia de prevención o dado a lo menos el grito de alarma al ejército? ¿Era Maximiliano un cobarde que se aturdiere y pensara sólo en huir?” Su respuesta es negativa, aseverando que nada se hizo, porque nada se podía hacer, en razón de que cuando un ejército se deja sorprender y no puede combatir, puesto que la desmoralización que los agobia les hace comprender que no pueden sostener un choque ni entrar en combate.

De los anteriores razonamientos, López vuelve a interrogar: “¿Por qué si tales son los sucesos, a mí es a quien se inculpa? ¿Por qué si la lucha era

ya física y moralmente imposible se ha de suponer que era necesario que un hombre traicionase para que el ejército sitiado sucumbiese?”

Para robustecer su argumentación, López lleva a sus lectores otros factores que estima pudieran contribuir para comprender el relajamiento mental y moral en el que se encontraban los sitiados. Uno de ellos fue aseverar que el general Silverio Ramírez había sido relevado de la línea, reducido a prisión e incomunicado, en razón del envío de un comunicado al general Tomás Mejía, en el que le invitaba a recomendar al archiduque se decidiera a que tratase con el enemigo, en razón de que todo el país estaba en contra del imperio.

Con ello esperaba que posiblemente el general Escobedo tuviera alguna deferencia con Mejía, quien le había salvado la vida cuando fue hecho prisionero por sus fuerzas. En forma similar, el comandante Adame también se vio reducido a prisión e incomunicación porque se decía que estaba en relación con el enemigo y por idéntica razón se aprisionó a la gendarmería —con sus oficiales y jefe— y a un sargento del batallón del emperador.

Además de los hechos considerados en el párrafo precedente, la misma noche del 14 de mayo el teniente coronel Ontiveros cambió de bando, pasó a engrosar las fuerzas de los sitiadores, por la línea de San Sebastián y dejó abandonada la que le estaba asignada. Los generales Casanova y Escobar también fueron separados de sus líneas sin razón que se conociera, pero que sólo podía suponerse que se les tenía desconfianza. El coronel Villasana, que mandaba el batallón de cazadores, después de ser herido en uno de los combates, ya repuesto, se pasó al enemigo o se ocultó porque no se le volvió a ver.

De ahí plantea una nueva interrogante: “¿Qué puede hacer un ejército en semejantes circunstancias?” A continuación agrega: “Si ellas no hubieran existido, se habría intentado siquiera resistir a los asaltantes, pero lejos de esto, ni aun se pensó en recobrar la Cruz, sino que todo el mundo se dirigió rápidamente al cerro de las Campanas”.

Culmina López su exposición exigiendo que si alguien se cree con razón para desmentirle, lo haga públicamente. Sin embargo, asevera que conoce el origen de la acusación que se ha vertido en su contra, que proviene de un general, que empeñado en lograr ascensos injustificados para un hijo —a los cuales quien relata se opuso— fue quien propaló la calumnia, la cual fue recogida y fortalecida por otro jefe que trataba de impedir se conociera la desmoralización del ejército, que si insistieran en sostener tal

infamia, proporcionaría sus nombres, expresando con énfasis: “Mienten los que atribuyen a una traición la ocupación de Querétaro”.

Ahora bien, después de considerar las varias y diversas versiones de las que hemos dado cuenta, tenemos que ponderar los razonamientos y motivaciones que Maximiliano consideraba indispensables, para poner en juego sus intereses: estaba comprometido para jamás abandonar en la plaza a sus leales partidarios y ello le impulsó a emplear el indispensable sigilo y discreción, para intentar negociar una salida secreta que le permitiera salvar la vida.

En tales condiciones, la secrecía era imperativa. Más aún, cuando se vio perdido en el cerro de las Campanas y solicitó hablar personalmente con el general Mariano Escobedo, a éste le reiteró la petición que por conducto de López le había propuesto, a fin de que se le permitiera abandonar la plaza con una escolta, con la que se dirigiría al Golfo, en el que podría abordar un navío que lo regresara a su patria de origen, con la promesa honorífica de que jamás regresaría al país.

La respuesta de Escobedo ya la hemos invocado: “Carecía de facultades para obsequiar tal petición”. En este examen encontramos coincidencia con el análisis vertido por Fernando Iglesias Calderón, al tener presente el autógrafo que personalmente le había firmado Maximiliano a López, con la recomendación de que guardase profundo silencio sobre el encargo que le había conferido ante el general Escobedo, por apreciar que si ello llegare a divulgarse, quedaría mancillado su honor.

En apoyo de dicho criterio se advierte la conclusión resultante de la explicación vertida por Escobedo, al reconocer que la plaza de Querétaro era imposible que resistiera por más tiempo y, en esas condiciones, “el coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al archiduque ni vendió por dinero su puesto de combate”, atribuyendo el repetido mensaje a la desesperada situación militar de los sitiados, a la personalidad moral de Maximiliano y a su convicción —firme aunque errónea— de su absoluta impunidad, pues creía realmente que un archiduque de Austria no podía ser castigado con la pena de muerte.³¹⁸

³¹⁸ López, Miguel, *La toma de Querétaro. A sus conciudadanos y al mundo*, México, 1867. pp. 3-14. Véase Iglesias Calderón, Fernando, *Rectificaciones históricas; La traición de Maximiliano; y la capilla propiciatoria*, 2a. ed., Mérida, 1922, pp. 31-32, 91, 155, 163 y 164.

XII. LA RAZÓN QUE IMPIDIÓ A LEONARDO MÁRQUEZ REGRESAR A QUERÉTARO

Ha correspondido a Hilarión Frías y Soto descubrir el ficticio velo que ha ocultado el hecho —aparentemente inexplicable— que permita conocer el silencio y engañosa desaparición de Leonardo Márquez, cuya actitud propició que Maximiliano considerara que lo había traicionado.

Tal cronista se pregunta: ¿qué había pasado con Márquez? La respuesta la inicia con una segunda interrogación: ¿conocen mis lectores a Márquez? Para despejar tal incógnita hace una viva descripción del tristemente célebre personaje, en la que lo pinta como un hombre pequeño, notoriamente flaco, al grado de que pudiera calificarse como enclenque y visiblemente débil. En su huesudo rostro anida una larga barba entrecana y quemada, visiblemente amarillento como consecuencia de sus secreciones biliares, que repetidamente se encoge al producirse en ella contracciones en el carrillo derecho, que resulta de la convulsión continua que expresándose como un horrible tic, le produjo un proyectil que lo desfiguró en el ataque de Morelia. Poseía ojos redondos enmarcados en una frente pequeña hundida, que le otorgaba cierta semejanza con una fiera acorralada en una cueva.

El mismo Masseras reconoce que en verdad Márquez personificaba verdaderamente la fábula en la que el fervor popular le había otorgado como su verdadero nombre no el de Leonardo, sino leopardo.³¹⁹

Quien esto escribe recuerda que desde sus estudios primarios, a partir de la rebelión del general Félix Zuluoaga en contra de la Constitución de 1857, Márquez y Miramón fueron los verdugos de los mártires de Tacubaya.

Hasta ahí alcanza el semblante, porque Frías agrega que no es su voluntad retratarlo moralmente, acogiendo la referencia que le atribuye a Kératry, al decir que Márquez era un general con instintos de verdugo. Sin embargo, robustece la imagen que aporta, al agregar que Arellano y Márquez habían iniciado una discusión en la que se vertían mutuas inculpaciones, recriminándose ambos de haberse escondido en un sótano mientras el soberano marchaba al patíbulo!

Nos parece que el comentario más alegórico que se ha vertido en la calificación de esos acontecimientos está contenido en el siguiente relato: el 19 de marzo de 1859 apareció Miramón ante Veracruz con una fuerza de

³¹⁹ Masseras, *op. cit.*, nota 225, p. 217.

caballería. Se dispararon cuatro cañonazos desde la plaza, y Miramón desapareció inmediatamente. Lo que vio desde los médanos le convenció que eran exiguos los elementos que llevaba, y ofreció volver cuando hubiese reunido los necesarios.

Los reaccionarios quisieron vengar el ridículo fracaso de la expedición a Veracruz cebándose en los prisioneros que hicieron en Tacubaya. ¿Quién fue el responsable de esos asesinatos proditorios, padrón de ignominia del partido retrógrado? Márquez, que los ejecutó, dice que Miramón se lo ordenó. Miramón dice que su orden fue “en la misma tarde de hoy y bajo la más estricta responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte”. Esta fue la orden de un león a una pantera. La pantera se extralimitó, está bien; pero ambos son culpables, y a ambos los condena la historia y los anatematiza la patria, por más que el clero de Guadalajara coronase a Márquez, el 15 de mayo de 1859 por esos asesinatos.³²⁰

Frías y Soto retoma el hilo que se había iniciado con la elusiva salida de Querétaro que Márquez había logrado, para pedir refuerzos en la capital; advirtiéndole que el 28 de marzo se había sabido en ella de su llegada y que, al día siguiente salía de la ciudad, llevando consigo las mejores tropas imperialistas que en ella había; robustecidas con las guarniciones de los pueblos inmediatos, así como con los austriacos, húsares rojos, gendarmes y contraguerrilla francesa.

Después de la derrota que se le propinó, se calculó que llevaba cinco mil hombres, pero antes de ella, dos periódicos de la capital —al anunciar su expedición— le otorgaban a aquella división diez mil hombres, con dos baterías rayadas y una de montaña. Sin embargo, al no ajustarse al plan de campaña que se le había confiado, que le obligaba regresar a Querétaro para auxiliar a los contingentes ahí sitiados, Márquez pretextó una coartada, consistente en que quiso salvar a Puebla y a la capital, que se encontraban sitiadas por las fuerzas del general Porfirio Díaz.

Dicha versión carece de facticidad y de sustento, puesto que independientemente de la cuantía virtual o real que se calculaba de las fuerzas que había incorporado, se advierte que —desde el punto de vista estratégico—

³²⁰ Frías y Soto, Hilarión, *op. cit.*, nota 274, p. 562. y véase Zayas Enríquez, Rafael de, *op. cit.*, nota 55, pp. 125 y 126.

la versión resulta estúpida, puesto que las milicias al mando del general Díaz eran superiores, lo que anticipaba que al marchar en contra de ellas, era segura su derrota.

Si, por el contrario, tenida cuenta de la razón de que las tropas que había logrado reclutar eran brillantes, debiera reconocerse que si Márquez hubiera arribado con ellas a Querétaro para otorgar el auxilio que se le había confiado, hubiera cambiado proporcionalmente la situación de los sitiados y, con mayor razón después de que Miramón había obtenido un triunfo el 27 de abril.

No obstante las circunstancias de las que damos cuenta, el cronista precisa que Márquez se dirigió a Puebla, seleccionando el camino más largo que era el de los Llanos de Apam. Luego hizo un giro de costado describiendo un semicírculo sobre Huamantla y allí se enteró que Puebla ya había sido tomada, pues el general Díaz se había dado cuenta de que Márquez se acercaba para auxiliar dicha plaza.

Ante dicha situación, el jefe republicano apreciaba dos alternativas: una, dejarlo llegar, que entrañaba el riesgo de resultar derrotado; otra, retirarse al grado que ello equivaldría a la derrota.

Al rechazar ambas opciones, el jefe republicano decidió lanzar sus columnas al ataque el 2 de abril y, en medio de un torbellino de fuego y de metralla venció la resistencia y ocupó la plaza. El cronista concluye dicho episodio exaltando la acción, pues si Puebla había resistido tanto sitio, logrando detener fuera de sus muros durante setenta y cinco días a los franceses, en esta ocasión había sucumbido en unas cuantas horas.³²¹

Una vez que las fuerzas del general Díaz habían obtenido el triunfo en Puebla, abalanzó su ejército sobre Márquez, que al iniciar su movimiento retrógrado, resultó alcanzado en el pueblo de San Diego, en el que tuvo lugar la primera escaramuza. El 9 de abril, ya habían establecido contacto las fuerzas de Díaz con las del Ejército del Norte que comandaba el general Escobedo y al día siguiente se inició la lucha que duró tres días e impuso a Márquez una irreparable derrota, con la destrucción de las fuerzas imperialistas, no obstante el valor con el que se batieron los austriacos, húngaros y la contraguerrilla francesa. Márquez huyó con una pequeña escolta hacia la capital. Con el relato de dichos acontecimientos, Frías ex-

³²¹ *Ibidem*, pp. 563 y 564.

plica la razón por la que Márquez escogió no poder regresar a Querétaro para socorrer a su soberano.³²²

Los acontecimientos de los que damos cuenta en las líneas que anteceden, quedaron plenamente confirmados por Emmanuel Masseras, que era el redactor en jefe de la *Ère Nouvelle* de México y del *Courrier des États-Unis y de la France*, así como colaborador personal del general Bazaine, quien reitera que las fuerzas de Porfirio Díaz, al tomar la ciudad de Puebla, sin perder un instante, se dirigieron al encuentro de las tropas que habían salido de la capital, las sorprenden y les obligan a retroceder en completo desorden.

Al final de todo ello, Márquez reaparece la noche del 11 del mismo abril, a las puertas de la capital, en completa desbandada y desastre, apenas acompañado de algunos hombres, viéndose obligado a identificarse y mostrándose como un fugitivo que se encontraba en plena huida, al grado que su impotencia le mostraba incapaz de decir en qué situación había dejado a los soldados que había abandonado en el camino, hasta deshacerse completamente de ellos.

La referencia de esos acontecimientos culmina con la advertencia que Lacunza le lanzó a Márquez: “Aquí ya no existe ningún lugar-teniente del imperio. No existe más que un general derrotado”.³²³

³²² *Ibidem*, pp. 364-366.

³²³ *Ibidem*, pp. 188-192.